

bastantes á convertir en caudalosa la tísica corriente del Manzanares, he de contestarle que nones.

CAPÍTULO XVI.

PRINCIPIO DE OTRO COMLOT.

La plaza volvió á quedar sola y alumbrada por la débil luz de los faroles, que, si hubiesen podido, se hubieran admirado de que se les dejase en paz no habiendo walonas para protegerlos.

Al poco rato aparecieron dos mujeres en la calle del Ave-María envueltas en un manto.

Una de ellas se acercó con precaucion á la barbería, examinó el interior, y volvió á juntarse á su compañera.

—Le he visto, dijo con acento de alegría.

—¿Está en la tienda?

—Sí, señora marquesa.

—Por Dios, no pronuncies mi nombre, Paloma. El carcelero ha cumplido su palabra.

—Vaya. El oro ha producido su efecto.

—Lamparilla no tendrá ya reparo en servirme despues de haberse convencido de que tengo medio de abrirle las puertas de las mas guardadas prisiones. Es necesario que le hables y le expliques lo que de él deseo.

—Lo haré como desea usía.

—Paloma, no olvides que soy Pilar, tu amiga, y que debes tutearme. Mientras eso dure, yo no soy Estrella, marquesa del Vierzo. ¿Lo tienes entendido?

—Procuraré recordarlo.

—Paloma.

—¿Qué quieres?

—Me parece ver un bulto cerca de la iglesia de San Lorenzo.

—Es aprension tuya. No hay mas que la sombra que proyecta el farol.

—Estoy inquieta. Creo que aquel caballero que nos ha seguido largo trecho, era D. Luis.

—Tambien me lo ha parecido.

—¡Si nos viese....!

—Conviene evitarlo.

—Hemos logrado hacerle perder la pista.

—No es fácil que venga á esta plazuela.

—D. Luis está celoso. Me ama y no comprende mi estraña conducta. Yo no debo esplicársela porque es sobrino de Grimaldi, á quien queremos echar del gobierno. Pero antes que revelarle la verdad, perderé su amor, Paloma; sacrificio inmenso, porque le quiero con toda mi alma. No pensemos en eso. Habla á Lamparilla y dame cuenta en el acto de su respuesta.

—Espero que será tal como la deseamos.

—¿Temes que se niegue á servirme?

—Algun recelo tengo.

—¿En qué se funda?

—En que ha estado preso; y la verdad es que si por conspirar sin saberlo le han metido en la cárcel, si conspira de veras, puede sucederle cosa peor.

—Nada temas. Dirás á Lamparilla que quien ha encontrado medio de libertarle una vez, puede hacerlo otra.

—Yo se lo diré, pero acaso no quiera esponerse á que tengan que devolverle la libertad, prefiriendo no perderla.

—¿No te ama?

—Bien lo dice y yo le creo.

—¿No cifra toda su dicha en ser tu esposo?

—Así lo afirma.

—¿Le amas tú?

—¡A qué negarlo!

—Pues bien, si como premio de su adhesion le ofreces tu mano y yo prometo ser madrina de la boda, el barbero accederá.

—Señora, eso seria ó tasarme yo muy alto ó bien comerciar con mi felicidad. Si él le ha prestado un gran servicio, páguelo usía como guste, pero no se mezclen nuestros amores en asuntos políticos.

—Dices bien. ¿Puedo contar contigo?

—Siempre, señora, que quien agradece, tiene presentes los beneficios. Soy de usía.

—¡Con condiciones!

—Acepto cuantas usía guste imponerme.

—Pues oye: Pilar, tu amiga, te dice que si esta noche sale bien nuestro plan y triunfamos; si logra-

mos que el rey despida á Grimaldi y llame á Floridablanca, tendrás, Paloma, lo que me pidas. La suerte tambien puede sernos enemiga, y en prevision de este caso, debo tomar mis medidas. Nosotros solo anhelamos ver á España próspera y dichosa; no, asesinar á Grimaldi como han dado en decir algunos miserables cortesanos; pero podemos fracasar en la empresa y en este caso no quiero arrastrarte á la ruina.

Ayer deposité un cofrecito de plata en tu casa. Si transcurren ocho dias sin saber nada de mí, lo abres sin esperar mas noticias y tuyo será el cofrecito y cuanto contiene. En él hallarás lo bastante para ser dichosa, y sólo en memoria mia. Toma la llavecita.

Sujeta estaba con una cinta. Paloma la tomó y se la colgó al cuello.

—Una pregunta, señora.

—Habla.

—Yo no entiendo nada de esas cosas, yo sé que se trata de que Floridablanca nos gobierne, y puesto que usía lo desea, creo que así conviene. Pero en el plan de esta noche, para el que quiere usía que le sirva, ¿hay que derramar sangre?

—¡Oh, nó! exclamó con viveza la marquesita.

—En este caso, puedes, Pilar, contar conmigo.

—En el complot que há tiempo venimos tramando y cuyo desenlace se acerca, no hay víctimas. Sé que se ha supuesto lo contrario, pero ya te he dicho que tales suposiciones eran miserables calumnias.

La marquesita bajó la voz y añadió:

—Solo se trata de que Floridablanca pueda tener una entrevista con el rey. En ella el conde espondrá á S. M. todos sus proyectos; le hablará, como él sabe, de sus planes, de sus esperanzas; y la infanta, que ve en Floridablanca el hombre que la patria necesita para su bienestar y prosperidad, apadrinará sus proyectos; y mañana tal vez sea dia de júbilo para España entera, y Madrid vea que, sin que se haya vertido una sola gota de sangre, gobierna la monarquía el conde de Floridablanca. Tales son nuestros planes, Paloma, que te confio para vencer tus escrúpulos y porque sé que puedo contar con tu adhesion mas completa. Pero ten en cuenta que la menor indiscrecion puede perdernos.

—Siendo cierto lo que me dices, Pilar, que lo es, puesto que tú lo afirmas, ¿qué significan las armas, mordazas y cuerdas que hay escondidas en la cueva de tu palacio?

—La entrevista de Floridablanca con S. M. solo podemos obtenerla acudiendo á la fuerza. Interesa á muchos que el conde no sea nombrado ministro, y para alejarle del rey le tienen desterrado. Ha llegado á su noticia que Floridablanca ha desaparecido, pero no saben que está en Madrid, si bien lo sospechan; y para evitar que vea al rey ó le escriba, tienen rodeado de tal modo á S. M. cuando va á cazar, cuando pasea, cuando está en palacio, que sin un golpe de mano, es materialmente imposible que la entrevista se verifique y nuestra causa está perdida.

Se ha enviado un anónimo en el que se anuncia que el conde está en la hostería de los Herradores. Allí correrán en su busca, pero al entrar, nuestra gente les irá deteniendo y encerrando en la cueva de mi palacio. Mientras tanto Floridablanca, disfrazado, penetrará en palacio por la mina del Campo del Moro. Tenemos la seguridad de que si logra ver á S. M., apoyado como está por S. A., el conde será nombrado ministro esta misma noche.

—Para mí, pobre mujer del pueblo, dijo Paloma, todo eso son enigmas que no adivinaria aunque me volviese loca de tanto discurrir. Pero puesto que te hago falta, Pilar, y á nadie se quiere quitar la vida, dispon de mí y dime qué es lo que quieres de Lamparilla.

—Es indispensable que todas las rondas nos pierdan de vista y que las calles queden á oscuras, porque así podremos realizar mejor nuestro plan.

Para distraer á las rondas y quedarnos á oscuras, debemos aprovechar la necia antipatía que tiene el pueblo al nuevo alumbrado. Lamparilla cuidará de reunir treinta hombres con quienes pueda contar y los apostará en las Vistillas y en Lavapiés. A una señal dada, romperán los faroles y echarán á correr para que los guardias y los serenos les persigan, con lo cual tendremos el campo libre. A cada uno les dará un doblon. Toma esta bolsa. Lo que sobra, para el barberillo.

Ahora, sin perder tiempo, avisarás al duque de

Arco, quien con otros seis caballeros está en la Alojía, y les dirás que vengan á mi casa. Al portero le darás la siguiente consigna, *Santiago*, y en el acto te permitirá la entrada.

—Voy, señora.

—Paloma.

—Señora marquesa.

—Soy Pilar para tí y debes tutearme. Lo olvidas con demasiada frecuencia. Oye, amiga. Si nuestras esperanzas salen fallidas, si pagamos nuestros actos con el destierro y acaso con la vida, tuyo es el cofrecito de plata.

—Pilar, contestó Paloma con acento conmovido, en mi casita esperaré tu vuelta sin que la llave se quite de esta cinta; y antes de abrirle, aunque caiga muerta de hambre y de miseria, sabré vender, sin tocar al contenido del cofrecito, hasta los clavos de mi pobre bohardilla.

—No harás tal, Paloma, exclamó la marquesa. Dame un abrazo.

La aristocrática dama estrechó contra su corazón á la modesta costurera, quien se enjugó una lágrima que brillaba en sus ojos, desprendióse de los brazos de la marquesa, y se alejó murmurando:

—Voy á cumplir tus encargos, Pilar.

—¡Qué alma tan bella! exclamó la del Vierzo.

CAPÍTULO XVII.

CELOS.

La marquesita se quedó sola, y casi tuvo miedo de hallarse á tal hora en sitio tan aislado. Se tapó la cara con el manto, y se dispuso á marcharse cuando un hombre le cortó el paso diciendo con acento ronco:

—Por fin te hallo.

Estrella lanzó un grito.

—¡¡ Soy perdida!! pensó.

—¿Te asusta mi presencia? preguntó el caballero, que no era otro que D. Luis.

—Me indigna, contestó la marquesa levantando la cabeza con energía.

—Donosa respuesta. Oye, Estrella. En una casa solariega, morada de nobles que se han distinguido en el servicio de su rey y de su patria, vive una linda marquesita á quien ví y amé, porque es imposible verla sin amarla.

A los latidos de mi corazón contestó el suyo; así lo dijo. Juróme amor y fé, y el caballero fué dichoso porque su felicidad consistía en ser amado.

De día y noche, siempre pasaba por esta plaza de Lavapiés donde tiene su palacio la marquesita, y á

través de los vidrios veía su hermosa cabeza y recibía una sonrisa que le enviaban sus labios de carmin.

Ahora las ventanas y los balcones están cerrados; ya no sale á ellos la dama á mirar al galan.

Si nadie te enteró de esta historia verdadera, puedo decirte que tú eres la dama, yo el galan, y esta la plazuela.

—Hé de contestarte, D. Luis. Hay en Madrid un caballero que habló de amor á una mujer, y contestóle la dama prometiéndole fé, lealtad y constancia en sus amores.

El caballero no tuvo en cuenta la honradez de su dama; que su reputacion estaba por encima de todas las sospechas; y sus amores terminaron, muertos por unos celos infundados, por una sospecha ruin, aleve. Faltó el galan á la dama y ésta le olvidó.

Si no tienes noticia de esta historia verdadera, te diré que el caballero eres tú, y yo la dama.

El fué descortés conmigo. Altiva yo, le rechazo.

Todo ha concluido entre los dos.

—Cuando bien se ama, nunca se olvida, Estrella.

—El que ha recibido una ofensa grave, cual la que tú me has inferido, no puede amar ya.

—Estrella, ¿y si pide perdon el que ha ofendido?

—Veria si el arrepentimiento era sincero.

—¿Y si lo fuese?

—Tal vez perdonaria.

—Estrella, olvida lo pasado.

—No deseo que tus necios celos se reproduzcan.

—No volveré á dudar de tu amor.

—Para no recordar lo que has hecho, oye lo que de tí exijo.

—Habla.

—Estarás cuatro dias sin verme.

—Dura es la condicion.

—Si te niegas á cumplirla, no intentes volver á hablarme.

—¡Cielos!

—Así ha de ser.

—Injusto es el destierro á que me condenas.

—De todos modos, corta es la prueba que mi amor ofendido te exige. Ten en cuenta que ni aun por mi calle te quiero ver.

—Extraña muestra me das de tu amor, Estrella.

—Solo así puedo concederte el perdon.

—¿Insistes en esa ausencia forzosa?

—Cumpliendo el castigo que te impongo, lograrás que sea tu esposa. Si mi amor deseas, fia en mí y hasta transcurridos cuatro dias no vuelvas á verme.
¡Adios!

—Oye, detente.

—Ni una palabra mas. Vete.

—Repara.....

—Vete ahora mismo, ó todo termina entre nosotros.

Dichas estas palabras, la marquesita se encaminó á su morada murmurando:

—Aunque mi corazon quiera perdonarle, no pue-

do. Antes es la voz del deber, por mas que yo muera de amor por él.

Estrella desapareció.

D. Luis se quedó mirando la puerta, que se cerró en cuanto la del Vierzo hubo entrado.

—Aquí hay un secreto, se dijo el caballero, que yo aclararé. La forzosa ausencia de cuatro dias que me exige, encierra un misterio. Quiero tener las pruebas de su traicion, y las tendré aunque despedacen mi pecho.

¿Acaso conspira la marquesita? ¿Serán ciertos los temores de D. Pedro y realidad sus sospechas? O esa mujer ya no me quiere, ó es esclava de los conjurados. Es probable que intenten algun nuevo plan. No iré muy lejos de aquí, y de este modo puede ser que logre salvar á la marquesita de las maquinaciones de esa gente, á la que se ha entregado sin medir las consecuencias. Estrella, te amo, y aunque no quiera, yo sabré velar por tí.

CAPÍTULO XVIII.

LAMPARILLA Y PALOMA.

Al poco rato de haberse marchado D. Luis, apareció Paloma, muy de prisa y fatigada.

Apenas se hubo detenido apoyándose en la pared donde tenia su tienda Lamparilla, cuando se destacaron de la oscuridad seis bultos.

—Ellos son, se dijo Paloma. He cumplido la primera comision de la marquesita, y aunque despues he corrido, los caballeros á quienes avisé han caminado tan de prisa, que casi me han alcanzado.

Los seis embozados se detuvieron delante de la puerta del palacio de Estrella.

Uno de ellos llamó.

—¿Quién es? preguntó una voz.

Uno de los caballeros contestó en voz apenas perceptible:

—*Santiago.*

Abrióse la puerta y Paloma vió entrar á los seis en la morada de la marquesita.

Pero lo que no vió la costurera, fué otro bulto á mitad de la calle de la Fé, que se recataba en la sombra y observaba, fija la mirada en el palacio de Estrella.

Era D. Luis, quien una vez se hubo cerrado la puerta, se alejó.

Paloma se dirigió á la barbería y dando un golpecito en las persianas, dijo:

—¡Lamparilla!

—¿Quién anda ahí? preguntó el maestro, que estaba solo en la tienda.

—Una mujer que quiere ver á un barbero, contestó la costurera.

—¿Mujer? Allá voy. Aquí está Lamparilla listo y sano, ágil y entero.

—Pues salga de su tienda.

—Salgo enseguida.

—Y acérquese un poquito, si verme ansía el barberillo.

—Ahora no puedo abandonar la faena.

—Siendo así me marchó, ya que su mercé es tan galante, que no quiere incomodarse por quien bien le ama.

—No se vaya que aquí está Lamparilla, exclamó el barbero, saliendo á la plazuela.

—Con su Palomá, dijo la costurera destapándose la cara.

El barbero cantó:

¡Ay eres tú!
Oh que placer
en esta calle
volverte á ver.

—Chiton, dijo ella; no sea loco, pues no conviene que el barrio se alborote.

—¿No sea, has dicho? Te prohibo que me des tratamiento. ¿No he de ser yo tu palomo? ¿No está así convenido? Pues tutéame, que con el tú parece que saben á rejalgar las frases amorosas. ¡Cuánto te quiero, Paloma mia! En mi prision cantaba:

Ven Paloma, Palomita,
á mi lóbrega prision;
abre el pico y dime hermosa
palabras dulces de amor.

—¿Con qué has estado preso?

—¿Y tú me lo preguntas, cuando por tu causa me he visto privado de la luz de tus ojos, que todas las mañanas enciende el sol? Pero con verte me doy por satisfecho, y mas si me repitieras aquello que tanto me gusta oír de tus lábios de terciopelo, cárcel de dos hileritas de perlas. ¡Ay Palomita, quién fuese carcelero de tales prisioneras!

—¿De veras, señor Lamparilla?

—Tanto, que en el acto cambiaria mi oficio de barbero por el de alcaide.

—¿Nada tienes que contarme?

—Tantas cosas, que temo principiar, pues no sé cuando concluiría.

—¿Qué has hecho en tu prision?

—Vivir en un calabozo, que no hubiera tenido luz, tan oscuro era, á no haberlo alumbrado tus lindos ojos, que aun vistos con la imaginacion envian rayos deslumbradores. Comer un rancho mezquino y fatal, pero al tragarlo pensaba en tí y me sabia á gloria. Dormir muy poco en el duro suelo, que ahuyentaba el sueño de mis párpados, pero pensaba en tí y las noches me parecian breves. Yo te he visto siempre, Palomita: tus cabellos mas finos que la seda, tus lábios bonitos de grana y coral, tu talle lindo y breve;

y viéndote, me parecian mucho mas feos de lo que son alguaciles y corchetes. Hé aqui lo que he hecho en mi prision. Ahora dime lo que tú has hecho mientras yo he estado á la sombra.

—Oye y lo sabrás. Coser sin tregua en mi bohardilla y asomarme á menudo á la ventana, porque me parecia oir tus coplas en la calle, y aunque sabia que no podias estar alli, el deseo me hacia olvidar la realidad. Solo pensaba en libertarte, y cuando, á pesar mio, me rendia el sueño, yo no sé en que dueño de mi corazon soñaba.

—¿ En mí seria!

—¡ Quién sabe, señor barbero! Mis ojos habian perdido su luz y su brillo de tanto llorar, y sin notarlo, bordaba al revés y pegaba las pecheras de las camisas en las mangas y éstas en los cuellos. Además, llevaba siempre dispuesto un bolsón repleto de oro para librar de la cárcel á un mal barberillo que hay en el barrio de Lavapiés. Hé aqui lo que hice durante tu prision. Ya que tú me serviste, con mi gratitud te he pagado.

—Muy poco es eso. En prueba de gratitud, dame un abrazo.....

—Señor barbero, exclamó Paloma, téngase á raya, que mientras no hayamos ido á la parroquia, no he de permitirle que su mano toque uno solo de mis cabellos.

—¡ Tirana eres!

—Recatada querrás decir. Las muchachas, cuanto

mas guardadas, mas amadas son, y la que se desliza y cae, ya no vuelve á levantarse.

—Siempre mi mano está dispuesta á ausiliarte.

—En la iglesia la quiero, para que unida á la mia, el señor cura nos eche la bendicion. ¿Ha oido el barberillo?

—¿Cuándo nos casamos?

—Pronto ha de ser.

—¡Bien haya la luz que brilla en tus ojos! ¡Benditas tus palabras de oro! ¡Bendito el calabozo de la cárcel de la Villa si, sin que mi amor te ofenda ni mi voz te asuste, vienes Paloma á posar tu vuelo en esta tienda de la cual tú serás reina, tendrás por trono el mejor sillón de baqueta, y pondré á tus piés mis dos mejores vacías para que te sirvan de taburete. Solo porque tú lo quisiste, me dejé prender; solo por tí me expuse. Habla, pichoncita, y dime que es lo que de mí quieres, que por tí el barberillo apaga la luz del sol, dá agua al Manzanares, traslada Madrid á orillas del mar. Abre ese pico tan rico por el cual suspira Lamparilla y pide cuanto quieras, que todo lo tendrás, aunque quieras que te traiga cogido de la oreja al mas bravo toro de Jarama, con el cual nada podria Romero.

—Cálmese el señor barbero, que tanto no exijo. ¿Sabe su mercé quien le libró de la cárcel sobornando á un carcelero, con audacia primero, y con doblones despues?

—¿Aquella dama...?



—Ella..... y yo, que no habia de dejarte Paloma encerrado.

—Ella ¿desde allí? preguntó Lamparilla señalando el palacio de la marquesita.

—Sí, á fé.

—¿Y tú?

—Yo haciendo en la cárcel el enjuague.

—He de mostrarte mi gratitud, Palomita de mis entrañas.

—¿Cómo?

—Extendiendo mi capa por donde poses tú el pie. Fijando siempre mis ojos en tu rostro para recojer todas las sonrisas que se escapen de tus perfumados labios. Siendo tu sumiso esclavo y no dándote nunca enojos, besando la tierra que tú pises, y no pronunciando tu nombre sin que antes el corazon dé un redoble de amor. Y si eso no te basta, mas haré, porque te amo, y porque quiero que cuanto antes elijas mi tienda por palomar.

Será albergue mi tienda,
de la Paloma
mas linda de la córte,
la mas hermosa.
¡Ay Palomita,
ten piedad del barbero,
de Lamparilla!

Yo he de ir á buscarte en calesa á la calle de Toledo, para que nos echen la bendicion en la parroquia;

y una vez seas tú mi mujer , mi tienda será lugar estrecho para los dos , Madrid mezquino , y pequeño el mundo. Tú has de mandar en mi casa , y si me mandas cortar media megilla á un parroquiano , se la corto y á tus pies la depongo como trofeo de guerra ; que tú has de ser la reina y harás cuanto quieras , cuanto te convenga , y todo lo que yo gane tuyo será ; pues

mis venturas , mis placeres
cifro yo en tu hermoso pico :
abre , pues , tu pico rico
y dime qué es lo que quieres.

—Señor barberillo , le ha entrado á V. afición á los versos.

—Es porque hay poesía é inspiracion en tus ojos.

—No creas que me engañas con tus zalamerías. Los hombres sois muy aficionados á prometer antes de casaros , pero luego olvidais vuestras promesas con la misma facilidad que las habeis hecho.

—Nunca has de poder decir tal cosa de mí con fundamento.

—¡Quién sabe ! Pero si te parece , basta de amor y tratemos ahora de asunto mas importante.

—¡Mientras no vuelvas á meterme á conspirador...!

—Quién sabe si lo que de V. exijo.....

—Oye , Paloma , hemos convenido en llamarnos de tú.

—No olvidaré el convenio. Oye : tú y yo , segun parece , hemos de salvar á España.

—¿De veras?

—De veras.

—¡Pobre señora!

—¿La marquesita?

—Nó, España. Si un barbero, sangrador y saca muelas y una costurera han de salvarla, opino que á la pobre mas le valiera no caer en nuestras manos. ¡Es una friolera!

—¿Te parece poco?

—Demasiado. Mejor fuera que la dejáramos en paz. Si tuviera necesidad de sanguijuelas, seria otra cosa, pero son tantas las que le chupan su sangre, que no le hacen falta las que yo aplico. Desde que grandes y chicos, damas y manolas, condes y chisperos, militares y paisanos se proponen hacerla feliz con ideas que ellos llaman grandes, piramidales, inmensas; mientras con reformas, sin que á veces se sepa que es lo que se quiere reformar, se quiere hacer la dicha de la patria, está siempre en un tris. Yo opino que con menos charlar, y mucho, muchísimo mas trabajar, se salvaria el pais.

—Discurres bien, Lamparilla, pero aplicate á tí las filosofias que has echado; á tí, que nunca estás contento del gobierno y siempre murmuras del que manda.

—La culpa no es mia, sino del clima, de algo que hay en el aire que no me permite pensar bien de los ministros. Como nací en España, la epidemia que aqui se padece tambien á mí me ha cogido. Dime:

¿De qué se trata? ¿De qué manera salvo yo á la patria?

—Haciendo que el rey nombre ministro al conde de Floridablanca.

—Si solo se trata de eso, puedes decir á S. M. que por mi parte no hay inconveniente, y que consiento en que el señor conde sea llamado al poder. Pero ¿qué tienes tú que ver en eso?

—La marquesita me ha pedido tu apoyo, y yo se lo he ofrecido en el acto.

—¿En el acto, eh? Pues me gusta. ¡Ni que fueras mi mujer!

—¿Qué se han hecho aquellas protestas de poco há?

—Ten en cuenta, Paloma, que acabo de escapar de la cárcel.

—Quien de ella te ha hecho salir una vez, te hará salir cien mil si es necesario.

—Prefiero que no se tome por mí tanta molestia.

—¿Te niegas?

—Lo que es negarme, nó.

—Pues entonces ¿consientes?

—Lo que es consentir, tampoco.

—Lamparilla, he empeñado mi palabra.

—Pues desempéñala.

—Y si me haces faltar á ella antes de casados, no consentiré en ser tu mujer, porque eso me probaria que me tendrías en muy poco.

—¡Palomita mia!

- ¡ Nada! ¿ si ó nó?
 —¿ Con que no hay escape?
 —No le hay.
 —Me convenzo, Paloma, de que

El amor es un pleito,
 y en su audiencia,
 las mujeres son parte
 y ellas sentencian;
 y aunque lo ganen,
 condenados en costas
 los hombres salen.

Yo he ganado el pleito del amor, puesto que me amas, pero salgo condenado en costas, pues me metes á conspirador. Está bien. ¡ Consiento en salvar á España! Quién sabe si con el tiempo me erigirán una estatua en la plazuela de Lavapiés. Dime pronto: ¿ en dónde nos prenden hoy?

Paloma le contestó sonriendo:

—Lo que es de momento, no lo sé.

—Acaso pueda yo decírtelo dentro de un par de horas. Veamos: ¿ de qué se trata?

—Se trata, murmuró Paloma.....

En aquel instante oyeron ruido de pasos.

La costurera volvió la cabeza y vió acercarse dos hombres.

—Debemos ocultarnos, dijo, que no nos vean.

—Mi casa está aquí.

—No sé si debo.....

—Vaya, mujer, que no harás mas que anticipar algunos dias la toma de posesion, pues al fin tú has de ser la dueña. Además, dentro están los mancebos, y puedes entrar fiando en mi palabra de hombre honrado.

Paloma y el barberillo se metieron en la tienda.

CAPÍTULO XIX.

LO QUE PASÓ EN LA PLAZUELA.

Lamparilla y su novia asomaron la cara, lo suficiente, para no perder ni un gesto de aquellos dos hombres.

Al llegar delante de la casa de la marquesita se detuvieron, pero solo un momento para fijar en ella una mirada, y continuaron su camino, no parándose definitivamente hasta hallarse en la sombra.

Aunque no hicieron mas que atravesar el espacio sobre el cual proyectaba su luz uno de los faroles, el barbero reconoció al mas alto de aquellos caballeros.

—Paloma, murmuró, el que va pegado á las casas, es el mismo que me detuvo en el Pardo, de quien me libré tomando las de villadiego.

—¡D. Luis!

—¿Sabes su nombre?

—Me lo ha dicho la marquesita.

—¿Quién será el otro?

—Supongo que será D. Pedro.

—¿Tambien le conoces?

—Sé como se llama por Estrella. Si eso dura, en breve conoceré á todas las personas principales de la córte.

—Pues mira, Palomita mia, mas vale que termine cuanto antes. Tú mereces las angustias que por tí paso y mucho mas, pero preferiria estar casados y dejar el oficio de conspirador. Dime ahora, ¿qué es lo que debo hacer?

—Primero toma esta bolsa.

—¿Quién te la ha dado?

—La marquesita.

—Mucho pesa.

—Su contenido es oro.

—¡Caracoles!

—Encierra doblones de buena ley.

—¿Todo eso es mio?

—Poco á poco, señor barbero, no sea tan ambicioso.

—¿A quién debo dar los doblones?

—Algunos quedarán para tí. Buscarás treinta hombres.

—¿A cuánto por barba?

—A doblon.

—Total treinta doblones. ¿Y los restantes?

—Para tí serán.

—Buen negocio, pues en la bolsa, según el peso, ha de haber más de ochenta ó ciento. Digo, el negocio será excelente si los walonas no se meten de por medio. ¿Qué hay que hacer para ganar el dinero?

—Romper faroles.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Poco es lo que se nos exige, tanto menos, cuanto hace meses que rompemos las candilejas importadas por Sabatini, solo por el gusto de apagarlas y hacer correr á los walonas y serenos.

—Justamente de eso se trata: de que corran. Cuidad vosotros de llevarles la delantera.

—Esa es cuenta nuestra.

—Sobre todo, que no te prendan.

—¿Lo sentirías?....

—Vaya que sí.

—Daré mis órdenes á Lope y Perico, y verás como en menos que cante un gallo se reúne la gente. ¡Cómo charlan aquellos dos fulanos! Metámonos dentro, no sea que nos vean.

D. Luis y D. Pedro estaban en animada conversacion. El segundo decia:

—No han cejado en sus terribles planes.

—Es imposible lo que V. me dice. ¡Traman un asesinato, y toma parte en el complot la marquesita del Vierzo! No puedo creerlo.

—Los informes que he recibido son exactos. Los conjurados, á quienes burlamos en la venta.....

—O ellos á nosotros, pues lograron escapar.

—Dudo que ahora puedan hacer lo mismo. Se hallan reunidos en el palacio de Estrella.

—¿Todos los conspiradores? preguntó el de Haro.

—Todos, contestó D. Pedro.

—Entonces es cosa fácil su prision. ¿Cómo recibió V. el aviso del nuevo complot?

—Como siempre se descubren estos lances; por medio del traidor que hay en todas las conspiraciones, que en la actual vende á sus compañeros para merecer la benevolencia y algo mas del gobierno.

—¿Qué ha dicho?

—Ha revelado toda la intriga sin ocultar ninguno de sus detalles. ¿Sabe V. qué disposiciones se han tomado?

—Las ignoro.

—Se ha dado orden de buscar á Floridablanca.

—¿Está en Madrid?

—Debe de estar, puesto que esta noche habia de penetrar en palacio para ver á S. M. Cincuenta walongas entrarán en esta casa y prenderán á cuantos hallen.

—¿Tambien á la marquesa?

—Si está entre los conspiradores, no escapa.

—D. Pedro, tenga V. en cuenta que es dama de la infanta.

—En su palacio hallaremos varios nobles y algun grande de España, á quienes no ha de valerles su li-

naje, como no le valdrá á la marquesita su posicion en palacio.

—La órden que V. ha recibido puede modificarse respecto á Estrella.

—Es imposible, D. Luis. Las instrucciones que tengo son muy terminantes y he de cumplirlas al pie de la letra.

—Se pierde si no la salvo, pensó el de Haro; y aunque obre mal, yo la salvaré.

—Aun hay mas, prosiguió D. Pedro. Los conspiradores se han propuesto tener el campo libre, y al efecto han comprado gente para que rompa los cristales de los faroles y alborote, creidos de que los walonas y los serenos han de echar á correr detrás de ellos. Pero no se les opondrá ni un guardia, y como sabremos los nombres de los que los hayan apagado, mañana serán todos presos en sus casas.

—Listo es V., D. Pedro.

—Hago lo posible para desbaratar la conspiracion.

—¿Dónde están los walonas?

—Esperándome no léjos de aquí.

—Vaya V. por ellos, dijo D. Luis.

—No hace falta, contestó D. Pedro. Véalos.

En aquel instante aparecieron los guardias.

El de Haro palideció.

Quería salvar á la marquesita, y para llevar á cabo su intento, se habia propuesto alejar á D. Pedro: pero la llegada de los walonas desbarataba sus planes.

¿Cómo apartar de la cabeza de Estrella el peligro que la amenazaba?

Con la presencia de los guardias en la plazuela de Lavapiés, coincidió la de Lope y Perico, los dos mancebos de Lamparilla.

—¿Qué hay? les preguntó el barbero.

—Las órdenes que V. nos ha dado se han cumplido, y dentro de poco habrá en las Vistillas quince hombres armados de garrotes y dispuestos á romper todos los faroles en cuanto llegue el momento.

—¿Y los otros que deben estar en la plazuela?

—Véalos V., señor maestro.

Lamparilla miró y vió acercarse un grupo.

Paloma fijó la atención en el lado opuesto al que miraba el barbero, y también vió otro grupo.

—¡Los guardias walonas! murmuró la costurera.

—¡Zambomba! exclamó Lamparilla. Malas señas son estas. Tráete la guitarra, Lope.

—Aquí está, maestro. ¿Qué pretende V.?

—Que nos hallen entretenidos y crean que os parasteis á escucharme, pues sino les chocaría que á estas horas hubiese tanta gente en la plazuela.

CAPÍTULO XX.

CONTINUACION DE LAS ESCENAS DE LAVAPIÉS.

Tomó asiento Lamparilla, cruzó las piernas, y principió á hacer vibrar las cuerdas del instrumento favorito de manolos y chisperos, mueble indispensable en aquel entonces en toda barbería.

—¡Ande la guitarra! gritó Lope.

—Ande, respondieron los mancebos y los que se les habian juntado.

—Allá va una copla, dijo Lamparilla, quien principió á cantar:

En el templo de Marte (1)
vive Cupido;
¿quién será la bribona
que le ha escondido?
¡Anda, salero,
no sabes, Palomita
lo que te quiero!

Los mancebos y las majas contestaron acompañándole con su palmeteo:

¡Viva la gracia,
viva el aquel
del barberillo
de Lavapiés!

(1) De Larra.

Mientras tanto D. Pedro decia al capitan que mandaba á los walonas:

—Se trata de sorprender á unos conspiradores, y es preciso proceder con prudencia y resolucion.

Lamparilla, que al mismo tiempo que cantaba observaba los movimientos de los guardias, dijo á los que le rodeaban:

—Hay que romper todos los faroles de la plazuela y de las calles vecinas, echando luego á correr. Los pies han de valeros, y tened en cuenta que lo que conviene, es que walonas y serenos os persigan, pero que no puedan pillar ni á uno solo de vosotros. Aquí tenéis quince doblones; á doblon por barba.

—La patrulla se acerca, murmuró Paloma.

—¿Sí? pues oiga esta copla:

Dicen que Sabatini (1)
pone faroles,
porque no vé los rayos
de tus dos soles;
abre tus ojos
y él los irá apagando
poquito á poco.

Los oyentes cantaron palmoteando:

¡ Viva la gracia,
viva el aquel
del barberillo
de Lavapiés.

(1) De Larra.

—¿Dónde está la ronda? preguntó en voz baja Lamparilla.

—Se aproxima, contestó Paloma.

—Pues ahí va la tercera copla.

Y punteando la guitarra como un desesperado, cantó el barbero:

Los faroles se apagan
cuando tú miras,
pues la luz no resisten
de tus pupilas.
Tú le has mirado,
y al punto Sabatini
quedó cegado.

—¿Aun no se marchan? interrumpió el barberillo.

—Nó, dijo Paloma.

—Si eso dura mucho, se me quedan las yemas de los dedos en las cuerdas de la guitarra.

—¡Otra copla, maestro!

—Sea la última.

Yo soy el barberillo
de Lavapiés;
Lamparilla me llaman,
lo soy á fé,
pues mi luz brilla
mas que las candilejas
de la real villa.

—¿Están ahí? preguntó el barbero.

—Lamparilla, dijo Paloma: me parece que la cosa se pone fea.

—¿Ya ha llegado la ocasión de que nos prendan? murmuró el maestro soltando la guitarra y estirando el cuello para observar lo que pasaba.

—Los guardias se detienen delante del palacio de la marquesita. D. Pedro dá órdenes al capitán que manda la fuerza. Sin duda se proponen entrar en la casa. ¡Algun miserable les habrá vendido!

—¿Lo crees?

—Vaya que sí.

—Pues entonces tendremos la segunda parte de la venta, pero lo que es esta vez procuraré que no me metan en la litera, pues no gusto de viajar con tanta comodidad. Voy á dar á esa gente, que está conmigo, el grito de ¡sálvese quien pueda!

—No harás tal, Lamparilla, porque los conjurados, como te he dicho, están en casa de la marquesa.

—¿Qué hacemos?

—Eso me pregunto yo.

—Me parece que lo mejor sería arreglarnos el cuello, porque esta noche nos cuelgan sin remedio.

—¡Chiton! murmuró Paloma.

—Ya estoy mudo.

—Aleja de aquí á tu gente.

—¿Dónde les meto?

—En la barbería.

—¿A qué viene esa precaucion?

—Mira á la segunda ventana del primer piso del palacio.

—Está entreabierta.

—¿Qué ves?

—Me parece ver una mano.

—Que me hace señas.

—Ea muchachos, dijo Lamparilla: adentro todos.

—¿Qué hacemos nosotros? preguntó Lope.

—Estarse quietos, contestó el barbero, hasta que os dé nuevas instrucciones.

CAPÍTULO XXI.

SITUACION APURADA.

Paloma quedóse sola delante de la barbería. Con la cabeza hizo signo á la persona que habia en la ventana.

La modista reflexionó.

Delante del palacio estaban los walonas, aunque á alguna distancia; por lo tanto, el que le habia hecho la seña no podia pretender que Paloma se acercase por aquella parte para hablarle.

La costurera tomó su partido, salió de la plazuela, atravesó con resolucion algunas callejuelas, y fué á parar á la parte opuesta.

Se detuvo , levantó la cabeza y miró.

Debieron verla , pues á sus pies cayó un objeto.

Paloma se bajó á cojerlo.

Era una carta.

La costurera apresuró enseguida el paso porque vió á alguna distancia unos guardias, quienes, ocupados en observar la casa , no se habian fijado en la jóven y, por lo tanto , no queria llamar su atencion.

Recorriendo las mismas callejuelas, volvió á la barbería.

—Lamparilla, dijo : aquí está el papel.

—Veamos lo que dice. Acerca el velon, Lope.

El barbero leyó :

«Estamos descubiertos, pero la Providencia nos salva. Nos han vendido, y nuestro plan es conocido ; la casa está cercada, y si uno de nosotros saliera seria preso en el acto. La cueva del palacio está separada por una débil pared de tierra revestida de ladrillo, de la cueva del edificio donde está la barbería. Hace rato que trabajamos con piquetas en el derribo de la pared para poner en comunicacion ambas cuevas y escapar por la tienda de Lamparilla. Procuramos hacer el menor ruido posible para no llamar la atencion. Ayudad pronto , pronto, por el lado de la barbería, y nuestra fuga es segura.»

—Y tambien que á mí me ahorcan, añadió el barberillo.

—¿Vacilas? le preguntó Paloma.

—Nó. Oye, Lope : baja á la cueva con toda la gen-

te, servios de los bastones sino teneis herramientas, pero alguna encontrareis á mano. Yo me quedo aquí observando. Daos prisa, que no conviene perder un minuto.

Las órdenes de Lamparilla se cumplieron en el acto.

Al poco rato de haber principiado, Lope y sus amigos, á derribar la pared de la cueva, D. Luis y D. Pedro se acercaron al palacio de la marquesita seguidos de los walonas.

—Una palabra, dijo el de Haro á D. Pedro.

—¿Que desea V., amigo mio?

—Salvar á Estrella. Si en vez de una cábala política, se tratara de una conspiracion sangrienta, yo seria el primero en prender á esa dama, aunque perdiera su amor y mi vida. Pero ya que solo se trata de un cambio de ministro, le suplico que descarte de la intriga á la marquesita del Vierzo.

—Me es del todo imposible acceder á lo que V. desea. Si está en la casa, irá á la cárcel como todos.

—Pero ¿si yo respondiera de su persona...?

—Seria inútil.

—Tal terquedad es inconcebible, D. Pedro.

—No hago mas que obedecer. Se me ocurre una idea, y acaso pueda acceder á sus deseos sin faltar á las órdenes que tengo recibidas. Vea á su tio Grimaldi, y si dispone que se deje en libertad á la marquesa, libre quedará.

—No me será posible dar á estas horas con el ministro.

—Pues entonces, me es forzoso cumplir la consigna. Capitan, prosiguió D. Pedro dirigiéndose al gefe de los walonas, quien se acercó: penetrará V. inmediatamente en esta casa y prenderá á cuantos se hallen dentro conspirando, sea cual fuere su sexo y su cualidad. Le advierto que se trata de un negocio de Estado y que exijo la mas estricta obediencia á las órdenes que acabo de darle. De grado ó por fuerza, todos han de quedar presos.

—Está bien, contestó el capitan.

Acercóse á la puerta y llamó.

—Ha llegado el momento, dijo Lamparilla á Paloma. Tú quédate aqui observando. Yo bajo á la cueva.

CAPÍTULO XXII.

LOS QUE ENTRAN Y LOS QUE SALEN.

Lamparilla entró en la barbería, dirigióse á la trastienda, y se detuvo delante de una abertura de cuatro palmos en cuadro que habia en el suelo.

Avanzó con resolucion, y como hombre conocedor del terreno, aseguró el pie derecho apoyándole en el primer peldaño de una escalera de mano.

El barberillo desapareció en aquel agujero.

Dentro, la oscuridad era completa.

Se oía un ruido sordo y á alguna distancia se veían los amarillentos resplandores de un farol, á cuya débil luz se destacaban de las sombras varios bultos, cuyos movimientos indicaban que todos estaban ocupados en el mismo trabajo.

Un hombre se aproximó á Lamparilla, levantó el farol hasta la altura de su rostro, y al reconocerle dijo:

—Seguid trabajando. Es el maestro.

—¿Está adelantada la faena, Lope?

—Bastante. Dentro de breves minutos estaremos en comunicacion. Ya podemos hablarnos.

—Entonces suspended los trabajos, pues tengo que decirles algo que les importa á los señores del otro lado.

El barberillo se aproximó al muro, y formando con sus manos una bocina alrededor de sus labios, preguntó:

—¿Me oyen sus mercedes?

—Sí, contestaron de la parte opuesta.

—Los walonas están llamando á la puerta. Con que ganemos algunos minutos, estamos salvados. Conviene entretenerles en la calle, no abrir la puerta, y mientras tanto trabajar sin descanso.

—Está bien, contestaron. Se dará orden de no abrir hasta que tengamos segura la salida. Redoblen ustedes sus esfuerzos, pues si logramos ponernos en

comunicacion antes que los guardias hayan penetrado aqui, lo primero que verán Vds. será una repleta bolsa.

—Amigos míos, dijo Lamparilla, ya lo habeis oido. Manos á la obra.

No hubo necesidad de nueva escitacion, y todos volvieron á trabajar con ardor inusitado.

A los cinco minutos, uno de los picos quedó en el vacío por haberse desprendido la última capa de tierra, si bien en un reducido espacio.

—¡Victoria! exclamó Lope.

—No celebremos tan pronto el triunfo, le contestaron de la otra parte, pues el agujero abierto es demasiado pequeño para que por él pueda pasar un hombre.

En aquel momento resonaron fuertes aldabazos.

—Los walonas se impacientan, dijo Lamparilla. Ánimo, amigos.

El agujero se fué agrandando á cada nuevo golpe, y al poco rato hubo espacio suficiente para pasar un hombre, aunque agachado.

—Marquesa, dijeron, yo pasaré el primero para tener el gusto de ofrecerle la mano.

Del agujero se destacó un hombre, quien murmuró:

—Levantad el farol.

Lamparilla se apresuró á obedecer.

El caballero que habia penetrado en la cueva de la

casa del barbero, ofreció la mano á la marquesa que á su vez entró en ella.

A la del Vierzo siguieron otras cinco personas.

—Nunca, como ahora, pensó el barbero, he alojado gente tan principal en mi casa. Si salgo bien de esta, la mitad de la córte se verá obligada á quitarse el sombrero en cuanto me vea y estaré llamado á la celebridad, si es que antes no me ahorcan, que todo pudiera ser.

Uno de los conjurados dió una bolsa á Lamparilla.

—Eso para que se reparta entre todos, dijo.

—Gracias, contestó el barberillo. ¿Quieren usías salir en el acto?

—Es lo mas conveniente, contestó Estrella.

—Pues síganme usías. Tengan en cuenta que hay que subir una escalera de mano. Bien la desearia mejor para personas tan principales, pero como no tengo otra, deben contentarse con la que hay.

No fué obstáculo la escalera de mano para que la marquesa y los conspiradores desaparecieran de la cueva con mucha rapidez, pues la posibilidad de que de un momento á otro se presentaran los walonas, les hizo andar listos.

Detrás de los conjurados subieron los auxiliares de Lamparilla, y, por último, todos se hallaron en la trastienda de la barbería.

—¿A dónde vamos? preguntó la marquesita. Yo no puedo volver á mi palacio.

Paloma se le acercó y le dijo en voz baja:

—Señora, mi casa, aunque pobre, ofrecerá seguro albergue á usía. Varias veces la llevó á ella la caridad; quisiera que la gratitud le obligase á subir á mi pobre bohardilla.

—Acepto, dijo Estrella estrechando la mano á la costurera.

—Señores, exclamó Perico, no pierdan Vds. un instante, pues hace rato que los guardias se han metido dentro de la casa y pueden aparecérsenos saliendo de bajo tierra.

—Salga todo el mundo, añadió Lamparilla, y déjenos solos á nosotros, que por experiencia sabemos como hay que mover las piernas para escapar á los agentes de la autoridad.

La marquesita se apoyó en el brazo de Paloma, y ambas se dirigieron á la tienda. Los conjurados las siguieron.

A penas hubieron puesto los pies en la plazuela, cuando dentro de la cueva se oyeron voces.

—¡Zape! murmuró Lamparilla. Aquí están los walonas.

—Maestro, dijo Lope, la escalera de mano se mueve.

—¡Suben! Lope, coje tú un cabo y yo el otro.

Así lo hicieron con el propósito de retirarla; pero ofreció una gran resistencia, señal de que alguien la subía. Por si hubiese alguna duda sobre el particular, una voz dijo:

—¡Eh! ¡eh! quietos, que vais á hacerme caer.

El barbero miró á su mancebo. Ambos se comprendieron, y empujando con fuerza la escalera, la tiraron á la parte opuesta del agujero.

Oyóse el ruido de un cuerpo al chocar contra el suelo, seguido de quejidos.

—Fuera todo el mundo, ordenó Lamparilla.

Nadie se hizo repetir la órden y salieron.

El barbero cerró la puerta de la trastienda, de una manotada derribó y apagó el velón, y luego salió á la plazuela cerrando tambien la barbería.

—Antes que hayan echado abajo las dos puertas, se dijo, tenemos tiempo de huir. Amigos míos, prosiguió dirigiéndose á sus auxiliares, hemos de pensar en salvarnos y salvar á los que han salido antes que nosotros. Los walonas están en el palacio de la marquesita unos, y otros en mi cueva. Importa dejar á oscuras la plazuela y todos los alrededores. Con que, valor y miedo, y á apagar faroles. ¡Rompan filas!

Cada uno tomó por direccion distinta, y al poco rato el ruido de los vidrios al saltar hechos pedazos, y la oscuridad que envolvió las calles vecinas, demostró que se daba cumplimiento á las órdenes del barberillo.

CAPÍTULO XXIII.

CÓMO TERMINÓ EL LANCE.

Lamparilla se detuvo al extremo de la calle de la Fé, y al verse á oscuras y notar en medio de las sombras el movimiento de los faroles, que aun no habian podido recobrar el equilibrio despues de las pedradas y palos que sobre ellos habian descargado sus amigos, se restregó las manos satisfecho.

Pero en el extremo de la calle quedaba uno encendido. Su luz hizo daño al barberillo, quien levantó el palo, dió un salto, extinguióse la luz, y oyóse el ruido de los vidrios al saltar y al chocar contra el suelo.

—¡Ajajá! murmuró Lamparilla satisfecho, como si hubiese realizado una grande hazaña.

Pero su contento duró poco.

—¡Alto! gritaron.

Lamparilla dió una vuelta en redondo, y vió avanzar un bulto cuyo paso era precipitado.

—El barberillo era ducho en la materia, y en el acto reconoció que tenia que habérselas con un sereno.

—Pies ¿para qué os quiero? se dijo.

Echó á correr, y detrás de él el protector de la innovacion de Sabatini.

Al cabo de un rato, Lamparilla volvió la cabeza. A cincuenta pasos estaba el vigilante nocturno.

—Maldito hombre, pensó el barbero: ¡así le diera un cólico violento ó el reuma paralizase sus piernas!

Mientras tal se decia no paraba de correr.

Metióse por una callejuela, y luego tomó otra que habia á pocos pasos á mano derecha.

Detúvose pegado á la pared y miró.

No tardó en presentarse el sereno.

—¿Se detendrá no viéndome? se preguntó Lamparilla.

Pero su perseguidor siguió corriendo.

Como daban á aquella calle varias callejuelas, el novio de Paloma abrigó la esperanza de que el sereno perdiese la pista, pero, por lo que pudiera tronar, resolvió alejarse de ella, con tanto mayor motivo, cuanto la distancia se habia acertado y á penas estaban á treinta pasos uno de otro.

Pero ¡oh desgracia! al echar á correr, tropezó con un perro vagabundo que principió á ladrar. El sereno, guiado por los ladridos del perro, metióse en la callejuela por donde corria Lamparilla.

—¡Alto! ¡Dése preso! gritaba el empleado de Sabatini.

Pero esta intimacion, en vez de parar al barberillo, solo sirvió para aguijonearle y aumentar la velocidad de la carrera.

El pobre principiaba á estar fatigado, pero como el vigilante nocturno no daba pruebas de cansancio,

no le quedaba otro recurso que correr, aun á riesgo de echar los bofes.

A unos cuarenta pasos vió la entrada de una calle que estaba envuelta en la oscuridad mas completa.

—¡En ella hallaré mi salvacion! se dijo Lamparilla.

Metióse en la calle, pero su gozo desapareció en el acto, porque en el extremo opuesto vió un reflejo que avanzaba rápidamente.

Era el farol de mano de otro sereno, quien habia oido las voces de su compañero y acudia en su auxilio.

El barbero se halló cogido.

Si avanzaba, le metia mano el uno.

Si retrocedia, le prendia el otro.

La disyuntiva era demasiado terrible para que Lamparilla no reflexionase, pero con la rapidez de los que se encuentran en trances apurados.

El no queria que le prendiesen.

Mas, una cosa es querer, y poder otra cosa muy diferente.

Tenia cortada la retirada, y los agentes de Sabatini llegaban á escape dispuestos á no dejarle escabullir.

Los muros de las casas se levantaban silenciosos, produciendo al novio de Paloma el efecto del abismo, y aquellas puertas cerradas parecian decirle:

—Te has metido en la ratonera.

Y, al mismo tiempo, un farol que habia en medio de la calle, proyectaba su luz en el suelo y en las pa-

redes, como si se propusiese delatar á Lamparilla en venganza de las candilejas que habia reducido á la oscuridad.

Para que la situacion fuese mas apurada, los sere-
nos avanzaban.

Lamparilla dió un paso atrás y tropezó con un ob-
jeto duro.

Volvió la cabeza y miró.

Aquel objeto era un guarda canton.

El barberillo levantó los ojos.

A unos ocho palmos de la piedra, habia un balcon.

Lamparilla creyó haber dado con lo que buscaba.

Subió al guarda canton sin vacilar.

La luz del farol no llegaba al sitio en que se halla-
ba, y, por lo tanto, la oscuridad favorecia su plan.

Estiró los brazos y con ambas manos cogió las bar-
ras de hierro.

Luego apoyó los piés en la pared y fué subiendo.

Levantó una pierna, luego otra, y se halló en el
balcon.

Enseguida tendióse en la baldosa y permaneció in-
móvil.

La posicion no era nada cómoda, pero en aquel
instante no podia elegir.

O aquello ó la cárcel de la Villa.

Y como Lamparilla conocia el buen trato que da-
ban en la prision, preferia la baldosa.

Desde su sitio veia lo que pasaba en la calle.

Al poco rato los dos reflejos de los respectivos faroles de los serenos, se encontraron.

Paró la carrera de los vigilantes nocturnos.

Uno de ellos preguntó:

—¿Qué ocurre?

—¿Le has preso? interrogó el otro.

—¿A quién?

—Al que huía.

—A nadie he visto.

—Pues por esta calle se ha metido.

—Pues de esta calle no ha salido.

—Entonces aquí ha de estar.

—Si hubiese entrado, se hubiera visto.

—¿Con que no le has visto?

—Nó.

—Lo que me prueba que te se ha escapado.

—¿Escapármeme á mí! ¿Por quién me tomas? Tú estás soñando.

—Tú serás el que sueña.

—Si realmente hubiese entrado.....

—Si hubieses vigilado mejor.....

—Yo cumplo mi deber sin que nadie tenga derecho á reprocharme, y menos tú.

—¿Qué significa eso?

—Que muchas veces si se rompen faroles y escapan los que apagan las luces, por tu culpa es.

—Tú la tienes de lo que pasa. Yo daré parte de lo sucedido para que te despidan.

—Si charlas, será sin motivo y como acostumbrabas cuando estás tomado de vino.

—El borracho serás tú.

—¿Borracho á mí?

—Eso y mas eres.

—¡Ahora verás quien soy yo!

Pararon las lenguas, pero principió el movimiento de los brazos. Cada uno de los serenos levantó su respectivo farol para tirarlo á la cabeza de su adversario, pero chocaron en el espacio y los vigilantes nocturnos se quedaron con el asa en la mano. Así como á las palabras siguieron las obras, tras de estas volvieron aquellas, armándose una griteria que no es para contada. El barberillo, que no perdía ni un gesto, ni un grito, ganas tenía de reirse, pero se contuvo, temiendo que á la postre fuera él el que pagase los vidrios rotos.

Al estrépito, acudió una patrulla que puso término á las puñadas de los serenos, aunque no le fué tan fácil ponerlo á los improperios, y se llevó arrestados á los vigilantes con gran contentamiento de Llamparilla, que de este modo tenía la calle libre.

CAPÍTULO XXIV.

LO QUE PASÓ DESPUES.

El barberillo dejó transcurrir un buen rato antes de disponerse á abandonar su refugio. Cuando calculó que ya no habia peligro en salir de su escondite, estiró el cuello, levantó un poco la cabeza, y miró á ambos extremos de la calle.

Seguro de que nadie le veia, se incorporó, apoyóse en los hierros del balcon, y afirmando un pie en la pared, bajó el derecho y le hizo describir un círculo en busca del guarda-canton.

Por fin le halló. El pie izquierdo se unió al derecho, dió un salto y se halló en el suelo.

—¡Ya era tiempo! se dijo el barbero.

Levantó la cabeza y retrocedió como deslumbrado.

Algo brillaba delante de sus ojos, y era la punta de una espada.

—¿Qué va á hacer su mercé? gritó Lamparilla. Tenga en cuenta que soy un hombre honrado.

—Al menor movimiento te mato, le dijo el otro.

—¿Porqué, señor?

—Tú lo dirás, que escalas balcones á estas horas.

—Señor, lo que yo estaba haciendo era bajar, no subir.

—Eres un ladrón.

—Juro á su mercé que nó.

—En la cárcel de la Villa darás esplicaciones.

—¡Que esté yo condenado á escapar del lobo para caer en los dientes de la loba! exclamó el barbero. Yo no soy un ratero, sino un honrado vecino de la plazuela de Lavapiés. Lamparilla es mi nombre, señor.

—¿Lamparilla has dicho?

—Sí, señor.

—¿Entonces tú eres el dueño de la barbería que hay en la plazuela?

—Allí rapo.

—Barbería por la cual han escapado esta noche los conspiradores.

—¡Zambomba! murmuró el maestro: esta es peor que la otra. Me parece que me ahorcan.

—Lamparilla, dijo el de la espada. Aproxímate.

—¡Señor.....!

—Nada temas.

—Es que..... yo no sé si han escapado, porque su mercé ha de saber que desde esta mañana no he puesto los pies en mi casa.

—No mientas. Acércate te he dicho. Quiero convencirme de que eres realmente Lamparilla.

—¿Me conoce su mercé?

—Sí.

El barbero se aproximó al de la espada, quien le miró.



—Veo que no me has engañado, le dijo.

—¿Está convencido su mercé de que realmente soy Lamparilla, barbero, sangrador y saca-muelas?

—No me cabe duda.

—Me alegro. Si tiene usía algo que mandarme, no deje de hacerlo. Buenas noches.

El barberillo se dispuso á marchar.

—No te muevas, le ordenó el otro.

—Me están esperando en mi casa.

—¿Quieres que te prendan?

—Para evitarlo es por lo que deseo tomar el portante, se dijo el maestro.

—Los walonas están en tu barbería. Si quieres que te echen el guante, vete á la plazuela de Lavapiés.

—¡Esa si que es negra! Con que, ¿han invadido mi casa? ¡Me quedo sin barbería! Así se destapase el frasco de las sanguijuelas y se les pegaran á docenas en el cuerpo, hasta obligarles á dejar en paz mi morada. Barrios de Lavapiés que me habeis visto ir, ¿cuándo me vereis volver?

—Basta de palabras, exclamó el de la espada, y sígueme.

—¿A dónde, señor?

—A mi casa.

—¿Y una vez en ella?

—Nada temas.

—¿Quedaré en libertad?

—Veremos.

—Señor, compadézcase su mercé de Lamparilla.

—Si quisiera perderte, no tendria mas que dar voces, y cree que prestaria un buen servicio al gobierno.

—¿Tanto interesa mi captura?

—Sí.

—Vaya, pensó el barberillo, por lo que veo, era verdad que yo debia salvar al país; pero fiada su salvacion á tales manos, no es de estrañar que todo haya salido al revés.

—En marcha, Lamparilla.

—Obedezco, contestó el barbero.

—Adelanta un paso, pero solo uno, ¿oyes?

—Soy incapaz de huir.

—Eso bien lo sé yo. No he olvidado que en el Pardo me dejaste con la boca abierta y enseñándome los pies.

—¡Calle! exclamó el barberillo; ¿su merecé es don Luis de Haro? El mismo.

—¿Quién te ha dicho mi nombre?

—Paloma.

—¿Quién es Paloma?

—La mejor moza de Madrid.

—¿Seria la jóven que en el Pardo estaba con la marquesita del Vierzo?

—No sé, contestó el barbero haciendo el sueco.

—Una vez en mi casa, hablaremos. Te advierto que no te se antoje echar á correr, pues podrias pasarlo mal. Si yo no te daba alcance, tropezarias con

alguna ronda , y á tu cuello no le conviene trabar relaciones con la cuerda.

—Estoy convencido de lo que usía dice.

—Viniendo á mi lado , nadie ha de molestarte , y podremos pasar hasta por en medio de los walonas.

—Si á su mercé le es igual , evitemos su encuentro , pues ni aun yendo con usía me seria agradable.

D. Luis se embozó en su capa , en la suya el barberillo , y ambos echaron á andar.

El de Haro no se detuvo hasta llegar á una casa antigua , pero de buen aspecto.

Llamó y al poco rato se abrió la puerta.

D. Luis hizo seña á Lamparilla de que le siguiese , y le condujo á su habitacion.

Un criado dejó una lámpara sobre la mesa.

El de Haro le dijo :

—Que nadie venga á molestarme.

Salió el criado. D. Luis cerró la puerta y se dejó caer en un sillón , indicando al maestro que hiciese otro tanto.

Lamparilla no se hizo de rogar , porque estaba muy fatigado.

—¿ Qué ha sido de la marquesa ? le preguntó.

—¿ De la marquesa , dice usía ? No lo sé.

—Es necesario que hables , Lamparilla.

—Yo bien quisiera , pero.....

—Ten en cuenta que puedo perderte.

—Lo sé , mas observe su mercé.....

—Y no olvides que tu silencio puede costarte caro.

¿Qué ha sido de la marquesa, repito?

—Ha escapado.

—¿Estás seguro de lo que dices? exclamó D. Luis con acento de alegría.

—¿Se interesa por ella su mercé?

—Sí, Lamparilla, y estoy dispuesto á hacer cualquier sacrificio por salvarla.

—¿Tan grave es la cosa?

—Mucho. No permita Dios que ninguno de los conjurados caiga en manos de la justicia.

—Diga usía, D. Luis, ¿soy yo tambien conjurado?

—No se lo preguntes al señor Alcalde de Casa y Córte, pues acaso se le ocurriria recordar que te prendieron en una venta, y á los walonas que tuvieron que cargar con la litera en que tú ibas. Dime Lamparilla; ¿sabes si la marquesa ama á otro?

—¡Qué se yo!

—¿Su presencia en el Pardo estaba motivada por la conspiracion?

—Lo ignoro.

—¡Por Dios, habla, Lamparilla! ¡No conoces que estoy celoso, que los disfraces de Estrella me sorprenden, y deseo convencerme de que no me es infiel!

—Puede estar tranquilo su mercé, contestó el barberillo, pues no eran asuntos amorosos los que llevaron á la señora marquesa al real sitio.

—¿De veras? ¿No me engañas? Tú puedes saberlo, porque tú eres uno de los.....

—Poco á poco, exclamó el barberillo, no sea que se me tome ahora por conspirador de veras, despues de haberme obligado á serlo ignorándolo. El papel de héroe por fuerza no me gusta, tanto menos, cuando tiene la horca á la vista.

—Lo que me dices y lo que callas, pero adivino, me devuelve la tranquilidad, Lamparilla.

—El dia que yo vuelva á dar con la mia, no he de perderla tan fácilmente.

—Tengo ya la conviccion de que Estrella no me es infiel. Si queria alejarme del Pardo, no era porque esperase á otro, sino para evitar que yo entrara en sospechas, que hubieran podido comprometer á los conjurados y á la infanta, á quien sirve la marquesa. Si hoy me ha exigido que estuviese cuatro dias sin verla, ha sido con el mismo objeto. ¡Estrella me ama, Lamparilla!

—Me alegro, D. Luis, contestó el barbero, quien se dijo, ¡pues señor, eso acaba mejor de lo que podia presumir!

—Dime donde se halla, prosiguió el de Haro, para volar á echarme á sus pies y ofrecerle mi proteccion y amparo hasta ponerse en lugar seguro. Salgamos.

—¿A dónde vamos, señor?

—En busca de la marquesita.

—¡Pero, si yo no sé donde se halla!

—Me engañas.

—Al salir de la tienda, cada uno ha tirado por su lado, y yo bastante he conseguido escapando á la per-

secucion de los serenos, para que me entráran deseos de averiguar lo que ha sido de los demás. Pero demos tiempo al tiempo, y acaso mañana pueda dar noticias á usía. ¿Puedo marcharme?

—Nó.

—¿Cómo, que nó? preguntó el barberillo asustado.

—Te quedas aquí, porque no puedes volver á tu tienda.

—Iré á casa de un amigo.

—Quédate en la mia, en donde estarás mas seguro. Estando juntos, podremos encaminar mejor nuestras pesquisas, pues yo estoy empeñado en salvar á Estrella del peligro que le amenaza, mas grave de lo que ella cree.

—Señor, dijo Lamparilla, pensando en la marquesita no se olvide de mí su mercé; y tenga en cuenta, que aunque mi cuello sea el de un barberillo, maldita la aficion que le tiene á la cuerda.

CAPÍTULO XXV.

* LA BOHARDILLA DE PALOMA.

Al dia siguiente, las costureras que trabajaban con Paloma, se estrañaron de encontrar cerrada la puerta de su habitacion. Llamaron, y la novia de Lamparilla contestó:

—Abro enseguida, amiguitas.

Al poco rato se abrió la puerta y se precipitaron en la bohardilla media docena de lindas jóvenes, de diez y ocho á veinte abriles, con rosas en las megillas, la alegría en los ojos y la sonrisa en los labios.

—Buenos dias, Palomita, gritaron. ¿Cómo te has levantado tan tarde?

—Esta noche he trabajado mucho. Vaya: sentarse y á coser, pues hay que terminar los camisones de los señores guardias de S. M. ¿Qué se dice por la villa?

—¿No sabes lo que ocurre?

—¿Cómo he de saberlo, si no he salido!

—Pues se cuenta que se descubrió una horrible trama.

—¡Trama! ¡Trama! dijo una de las costureras; conspiracion querrás decir.

—Lo mismo dá. Dicen que los del complot querian matar mucha gente.

—No es eso, objetó otra, lo que querian era obligar á S. M. á que llamase á Esquilache. Parece que en el plan entraba un sombrerero, quien habrá calculado que en caso de reformarse los sombreros, ganaria muy buenos doblones.

—¿Qué sabes tú de eso?

—¡Acaso estarás enterada tú, que eres la novia de un corchete!

—Embustera.

—Haya orden, dijo Paloma. Pare la lengua y cor-

ra la aguja , mientras yo arreglo al pájaro.

La habitacion de la costurera era tal como la habia descrito á Lamparilla en el Pardo, limpia, aseada, con una ventana que daba, mejor que á la calle, al tejado de la casa. En ella habia varios tiestos, y delante, colgada de un clavo, una jaula con un jilguero.

Paloma descolgó la jaula y principió á cantar:

Dí á mi bien, jilguerito,
cuanto le quiero;
por él suspiro, dile,
que por él muero;
dí que tu canto
con frecuencia acompaña
mi amargo llanto.

Las costureras se miraron y cantaron:

Si ves á Lamparilla,
que es un barbero
muy guapo y bien plantado,
muy zalamero,
dile, y no es broma,
que aquí por él se muere
una Paloma.

—¿Esas tenemos? exclamó la aludida.

La respuesta fué una careajada general.

—¿Qué te ha parecido la seguidilla?

—¿Con ella habeis querido darme los buenos dias?

Os agradezco la atencion, pero dejad en paz á Lamparilla, y dad cuanto antes la última puntada á los ca-

misiones que deben entregarse esta misma mañana á los guardias.

—Para que la aguja corra con mas ligereza, cantemos la cancion del camison. A ver cual desafina mas.

Principiaron á coro:

¡Camison! si á tu dueño (1)

le sientas bien,

¡camison!

dile que vá en tus pliegues

mi corazon,

¡camison!

¡Camison! si su pecho

vas á abrigar,

¡camison!

dile que quien te ha hecho

desea amar,

¡camison!

¡Camison! si tus mangas

me abrazan hoy,

dile que aunque bonita

soltera soy.

¡Camison! con mas ganas

que de coser,

estaria bailando

así con él!

—

Dile que yo tengo

alma y corazon,

dile que jurarme

(1) De Larra.

puede su pasion;
dile que me saque
de esta situacion
para que le cosa
otro camison.

Antes de medio dia tenian terminada su labor.

—Vecinitas, les dijo Paloma, puesto que hemos acabado la faena extraordinaria, hay que llevar al Pósito los camisones. Pongamos término á nuestra tertulia.

—¿Tú no sales?

—Nó.

—¿Sabes que me estraña tu conducta?

—No tiene porque estrañarte.

—Hace unos dias estás preocupada.

—Será aprension tuya.

—¿Te ha olvidado Lamparilla?

—No le conozco.

—¡Ya! Adios, Paloma.

—Que Dios os guarde, amiguitas.

Las jóvenes salieron, y bajaron la escalera saltando y cantando.

CAPÍTULO XXVI.

PLANES DE FUGA.

A los pocos minutos de haberse marchado las costureras, llamaron.

—¿Quién es? preguntó Paloma.

—Soy yo, Palomita mia, contestó Lamparilla.

Abrióse la puerta y entró el barberillo, quien la cerró.

—¿Y bien? dijo la costurera.

—¿Me quieres? exclamó Lamparilla.

—No seas posma. ¿Has visto á D. Luis?

—Sí, y volando me he venido aqui de nuevo; pero como he visto subir á las costureras, he debido esperar á que salieran, pues no era cosa de que me viesan. Todo Madrid anda desalado preguntando por Lamparilla. Palomita mia, soy un hombre célebre, y de esta voy á remar á las galeras de S. M. ó á la horca. Preferiria ir contigo á la vicaría, porque yo te quiero y te requiero.

—No se trata ahora de si me quieres ó nó, sino de saber qué es lo que ha dicho D. Luis. ¿Qué habeis dispuesto? ¿Qué se teme? ¿Qué se proyecta? Habla, que estoy en áscuas.

—Muchas preguntas son estas para que las conteste todas de una vez, pero vamos por partes. Ya te conté de qué manera dí de manos á boca con D. Luis cuando menos lo pensaba.

—Lo sé.

—¡Me trata á cuerpo de rey! ¡Qué almuerzo me ha dado! ¡Ni que fuera comida!

—¿Crees tú que me importa algo lo que te haya dado de almorzar?

—¡Cruel!

—¡Barberillo, no me aburras!

—Esta mañana me he levantado antes que el sol, mejor dicho, D. Luis me ha despertado. Se conoce que ama locamente á la marquesita, pero no tanto como yo á tí. ¿Sabes porque ha interrumpido mi sueño?

—¡No lo he de saber, si esta mañana ya me has contado el caso!

—Pero nó con todos sus pormenores. Él estaba interesado en averiguar el paradero de Estrella, y como yo le habia prometido darle hoy noticias, me ha obligado á dejar la cama antes que amaneciese. ¡Qué colchones tan mullidos!

—Deja en paz los colchones.

—He tenido que dejarles quieras que nó. Como temia salir con mi traje, D. Luis me ha proporcionado éste, junto con la capa, que en nada se asemeja á la que acostumbro llevar, y aquí me he venido, suponiendo que solo tú podias darme noticias de la mar-

quesita. Te he dicho lo que ocurría, que el de Haro deseaba facilitar la fuga de la marquesita. Me has oído, como ahora me oyes; has entrado en aquel cuarto, cuya puerta está cerrada y donde se esconde Estrella; la has hablado, la marquesita ha comprendido que eran sinceros los propósitos de D. Luis, y como no puede desconfiar de mí, ha salido, me ha visto, me ha ordenado dijera á quien bien le ama, que su suerte estaba en sus manos, que aceptaba su protección, que concertase la fuga. Yo me he largado corriendo, he sido mensajero cerca del enamorado caballero, quien por poco me abraza y salta de alegría al saber el paradero de su amada y que ésta depositaba en él toda su confianza. Hemos conferenciado, hemos resuelto el plan de campaña; y una vez dados los primeros pasos, aquí me vengo para noticiarte que es lo que hemos acordado para salvarnos, ya que no hemos podido salvar al país. Con que, préstame tu atención.

—Por ahí debieras haber empezado. ¡Cuidado que hoy estás charlatán!

—La culpa tú la tienes, hermosa, pues en cuanto te veo se me desata la lengua, y las palabras vuelan al compás del corazón, que toca generala. Decía, pues, que todos los corchetes de la coronada villa se han esparcido por las calles de Madrid en nuestra busca. Con más de uno me he encontrado, y hasta me han venido tentaciones de detenerle y darle los buenos días; pero reflexionando, nada les he dicho. Si nos

pillan, hay tela cortada para rato, y urge no darles que hacer y poner tierra de por medio. Yo por tu amor, Palomita mia, me he quedado sin barbería y sin domicilio, pues si bien me ofrecen por morada la cárcel de la Villa, no la tengo afición. Conviene escapar, y para lograrlo, hé aqui lo que hemos hecho.

En primer lugar, D. Luis está vistiéndose.

—¿No me has dicho que se levantó antes de amanecer?

—Lo cual es muy cierto. Mejor que vestirse, lo que hace es disfrazarse de majo.

—¿Con qué objeto?

—Para acompañarnos, pues no quiere abandonar á Estrella hasta dejarla fuera de Madrid y en seguridad. Como la salida no es muy fácil, habida cuenta del gran número de corchetes, walonas y alguaciles que están en acecho, hemos debido tomar todas las precauciones imaginadas y por imaginar. Creo que el plan merecerá vuestra aprobacion. Me he visto con el tío Blas, el Zurdillo, y le he dicho que me esperara con su tartana en la calle de la Esperancilla, con cestos, la bota, y demás adminículos para la merienda, porque has de saber que nos vamos al arroyo del Abroñigal.

—¿Y una vez en el arroyo?

—Hallaremos un coche de colleras que guiará el lacayo de D. Luis. Dejaremos la tartana, tomaremos el coche, y ¡zás! En dos latigazos vamos hoy á parar

á Aranjuez; y mañana que nos busquen, á ver si dan con nosotros.

—Pues ya lo hacen.

—El *quid* está en que no nos encuentren. Dile á la marquesita lo que hemos acordado, y que dentro de una hora estaré de vuelta con D. Luis. Qué se disfrace ella de maja, y verás como salimos de Madrid á las barbas de los corchetes, cantando las caleseras é invitando á los agentes del gobierno á empinar la bota. Hasta luego, prenda.

Lamparilla se dirigió á la puerta, pero al llegar á ella, se detuvo y dijo:

—Oye, Palomita mia: ¿Cuándo es la boda?

—Ya hablaremos de eso.

—Hija mia, tanto subir y bajar, tanto correr y esponderme, me tiene ya mareado. ¡Cuánto deseo gozar la paz del matrimonio! Así que salgamos de esta, te vienes conmigo á la vicaría.

—Piense en lo que importa el señor barbero, le dijo Paloma, y vaya ahora en busca de D. Luis.

—Hasta luego, esclamó Lamparilla.

CAPÍTULO XXVII.

ESTRELLA Y PALOMA.

La costurera cerró la puerta de la escalera, y luego abrió la del cuarto en que estaba escondida la marquesita.

—¿Ha oído usía nuestra conversacion? le preguntó.

—Sí, amiga mia. Tu barbero tiene un gran corazon y es digno de que le ames.

—¡Ay, señora, hace tiempo que le quiero al muy bribon!

—Por culpa mia, acaso se aplace vuestra felicidad.

—Aunque así fuese, sabe usía que yo estoy dispuesta á sacrificar hasta mi vida á sus mandatos.

—¡Cuán buena eres, Paloma!

—En aquella alcoba exhaló mi santa madre el último suspiro. Todas las noches, al arrodillarme ante la imágen del Crucificado para rezar por mis padres, tambien le pido á Dios por su salud. Señora marquesita, si yo muriese por usía, moriria bendiciéndola, como mi buena madre.

—No me hables mas de tu gratitud, amiga mia, pues me estás dando de ella sobradas pruebas, para que te sea necesario recordarla. Segun ha dicho

Lamparilla, volverá dentro de una hora acompañado de D. Luis, y es necesario que á su vuelta me encuentren vestida de maja.

Así lo hizo, y no transcurrió mucho tiempo sin que la marquesita del Vierzo estuviese convertida en una manola con el auxilio de la costurera.

—Vaya, exclamó Estrella, aquí estoy ya vestida como hace al caso. Procuraré que no me conozcan, pero si algun alguacil me mira con detencion, temo que se descubra la trampa, pues yo no soy mas que una maja de contrabando.

—¡ Oh, nó! Como usía ha nacido en los barrios de Lavapiés y en la plazuela tiene su palacio, lo es verdadera y no de contrabando. Tan bien sienta en su cabeza y en sus hombros la mantilla, que daría envidia á todas las manolas si la vieses.

—¡ Aduladora! Muchas veces me puse un traje semejante, pero ahora es fuerza que yo parezca ser de veras lo que aparento.

—Y que al vernos por el camino digan los manolos quitándose el sombrero: Paso, que ahí van dos majas de lo mas fino.

—Acaso nos reciban con tal saludo y sepa yo sostener mi papel; pero temo.....

—¿ Qué teme usía?

—Que si me veo obligada á hablar, se descubra que no soy lo que parezco, porque en los barrios bajos se usa una jerga especial, que solo de nombre conozco.

—Présteme usía atencion, dijo Paloma, y sabrá como hay que hablar.

Se come usía la *d*, y en vez de hablado, dice *hablao*, *arrastrao*, haciendo que la lengua se entretenga al pronunciar la *r*. Usía no debe decir conocido, sino *conoció* y *ende* en vez de desde. Un manolo le echa un requiebro y se ve obligada á contestarle: «*Velay* que facha, le dice; *ende* estoy en *Madri* no he *conoció* mono *ma feo*. No es su mercé el *marío* que le conviene á una mujer tan *prencipal* como yo; y aunque me diera su mercé un *muñuelo*, no lo tomaba, que no querria que *indespues* echara el *mirlo* de que le amo.»

Ya ve usía, prosiguió Paloma, que eso es muy fácil.

—¡Vaya si lo es! contestó Estrella riendo. Me parece que á los dos ó tres meses de recibir tus lecciones, quedaria como antes.

—¿Probémoslo?

—Probemos, dijo la marquesita.

—Suponga usía que yo soy un manolo. La veo pasar en la tartana, ó al bajar de ella, y le digo: *Ende* que vivo *naide* he visto con dos *ojíos* como los de su mercé.

—No me eche el *mirlo*, contestó Estrella, que no le creo.

—¿Cuando *ma* visto su mercé echarlo? Si yo pudiera ser su *marío*, me *desapegaba* de *too lo der* mundo solo para amarla.

—Si *quie* usted reirse, contestó Estrella, compre un mono *ú* dos. *Cuidao* con el hombre, que me da cien *patáas* en el estómago. ¡*Misté* que *pesao*! ¿Cómo *pué* una librarse de semejante posma, que *quie* reirse de quien no le hace caso?

—¡Muy bien! exclamó Paloma. Si D. Luis la oye, no la conoce.

—¿Lo crees?

—Si con este aprendizaje la descubren, será preciso confesar, ó que la maestra ha sido muy torpe, ó que tengo mucha desgracia, pues la discípula no puede ser mas aprovechada. Pero, no nos descubrirán. Pasaremos por las calles que hemos de atravesar hasta llegar al Abroñigal, y una vez en el arroyo, que nos echen un galgo.

—Paloma: gracias á tu bondad he podido hallar refugio en tu casa; y gracias al cariño de D. Luis, hoy se prepara nuestra fuga. ¿Cómo puedo pagarte mercedes tantas, yo, que tengo que salir de España para evitar la prision?

—¿No es la infanta amiga de usía? ¿No la proteje?

—Sí, Paloma, y comprometida con nosotros se halla; pero con nuestra ruina debemos salvarla. Hablemos de tí. Tú, para valerme, has hecho sacrificios importantes y hace dias que apenas trabajas. Por servirme, y ahora por guardarme, te has perjudicado sin aceptar ni un doblon. Dí, Paloma, ¿qué quieres que por tí haga?

—Permitir que la sirva, y, por toda recompensa, conservar de la pobre costurera algun recuerdo en un rincon de su alma. Y cuando vuelva á España, construir una capilla á mi excelsa patrona, que se halla en un estrecho portillo. Yo me daré por recompensada, si la Virgen de la Paloma, mi protectora, debe á tan noble dama como usía, su altar y su casa.

—Así lo haré, amiga mia. Pero, en tanto, mi cofrecillo.....

—Aquí está, colgada de mi cuello la cinta y la llave, que le devuelvo.

—Guárdala tú.

—Hace falta para el viaje.

—Tú eres pobre, Paloma.

—Pues por eso tiene gracia lo que hago; si fuera rica, no la tendria.

—Tengo empeño en que guardes su contenido.

—Nada logrará usía.

—Paloma, lo mando.

—No puedo obedecer.

—¡En nombre de tu madre!

—La santa mujer que me dió la vida, aprueba desde el cielo mi conducta.

—No insisto, dijo la marquesa, pero te exijo que aceptes esta sortija. Tómala.

—Venga, exclamó Paloma. Es un diamante muy gordo para mí.

—¿No te agrada?

—Prefiero esta otra que tiene una crucecita blanca.

—Era de mi madre.

—Démela.

—Pero ¡si no vale nada!

—¿Para usía vale mucho?

—Sí, amiga mia, por su procedencia, contestó Estrella.

—Por eso la quiero, porque para usía tiene gran precio, aunque no lo tenga para los demás. La tomo y me la pongo, añadió la costurera acompañando la acción á la palabra, y quedamos en paz.

—¡Bien haya tu proceder! exclamó la marquesita estrechándola contra su pecho. ¿Para qué necesitas mas alhajas que tu corazon de oro?

—Señora, murmuró Paloma enjugándose una lágrima que brillaba en sus párpados; va usía á hacerme creer que soy buena. Allí murió mi santa madre, prosiguió fijando su mirada en la alcoba. ¡Madre mia! tu hija no olvida lo que por tí hizo nuestra protectora. Mi corazon nada vale. Es el de una menestrala.

—¡Digno de un rey!

—Dios dá fortuna á unos, á otros altiva prosapia; talento sublime á éste, á aquel fortuna y audacia: algo ha de dar el Señor á los pobres cuando reparte sus gracias.

—Mucho te ha dado á tí, Paloma.

—¡Bendito sea Dios!

Llamaron y se interrumpió la conversacion.

—¿Quién es? preguntó Estrella.

—Será mi barbero, contestó la costurera.

Dirigióse á la puerta.

—Soy yo, Lamparilla, dijeron.

Paloma abrió.

CAPÍTULO XXVIII.

LOS ÚLTIMOS PREPARATIVOS.

Entró el barberillo acompañado de un majo. Al ver á éste, exclamó la marquesa:

—¡D. Luis!

—¡El mismo!

—Ahí va un majo, dijo Lamparilla señalando al de Haro, con todas sus circunstancias, sin que nada le falte.

—¡Estrella! murmuró el de Haro.

—¡Luis! dijo la marquesita.

—¿Qué les parece á vuesarcedes, preguntó el barberillo, sé transformar á un caballero en manolo? Si les agrada el disfraz, dénme un aplauso; pero antes hay que darlo á Paloma. La marquesita nada deja que desear.

—Señores, advirtió D. Luis, pronto será la hora de la marcha.

—Óyeme, le dijo Estrella, pues tengo que hablarte.

—Palomita, añadió Lamparilla en voz baja á su novia, ¿no has visto comedias?

—¿Porque me lo preguntas?

—Contéstame antes. ¿Has estado alguna vez en los corrales donde dan las obras de Calderon, Lope y Alarcon, y otros y otros, algunas no tan entretenidas como las de los tres primeros? ¿No te ha atraído el título de siete varas y cuarta de algunas de ellas?

—Bueno, sí. ¿Qué tenemos con eso?

—Conviene que recuerdes lo que entonces viste en la escena. Frente á la concha se quedan siempre el galan y la dama, y el gracioso y la graciosa se apartan á un lado para no interrumpirles. Los primeros se echan flores en relaciones muy largas, como la de Lisandro á Amarilis en aquella pieza que tiene por título: *Los dos pastores desgraciados, ó rabia y celos de un corazon amante herido por los desengaños de una hermosa infiel*, comedia en veinticinco jornadas, con tonadillas. Los otros, cuando los amos acababan, espetan la suya imitando sus palabras y sus gestos, como por ejemplo:

—¿Me quieres?—Te quiero, ¡Ah!

—¿Porque suspiras?—¿Suspiro?

—¿Por qué deliras?—Deliro
porqué á merendar se vá.

—¡Pérfido!—¡Ingrata! Cruel.

—¡No me amas!—Yo te amo.

—¡No me quieres!—Yo me escamo.

—¡Traidor, miserable, infiel!

La relacion, dicha sin respirar y soltando algun grito ronco ó agudo por faltar el aliento, produce grande efecto en el público que aplaude á rabiarse. Los cómicos se adelantan á dar las gracias y saludan, y el empresario repite la misma funcion al dia siguiente. Con que, Palomita mia, vente á la derecha, pues el galan, que se llama D. Luis, y la dama, de nombre Estrella, van á principiar ahora su relacion.

La marquesita decia en aquel instante al de Haro.

—¿Llegaste á dudar de mi amor? Ahora comprendes cuán injusto fuiste conmigo en el Pardo y en la plazuela de Lavapiés, y cuán grave el daño que podia resultarme de tus celos.

—¿Por qué no me confiabas tu secreto, Estrella?

—Aun creyéndote capaz de guardarlo, á fuer de discreto amante y buen amigo, tuve que callarlo, porque se trataba de un asunto político, no me pertenecia y, además, eres sobrino del ministro contra quien conspiramos. Me esponia á perder mi calma y tu amor, pues no podia dar una contestacion terminante y que dejase satisfechas á tus celosas quejas, tus apasionados reproches.

—Comprendo, Estrella mia, cuán injusto fui contigo y cuanto has debido sufrir.

—Si hubiésemos triunfado en la empresa, mi mano se hubiera estendido hácia tí para protejerte.

—¿Acaso no me hubiera sido posible aceptar tu proteccion!

—¿No acepto yo la tuya? Luis, sea cualquiera la

suerte que me esté reservada, en España, en la prisión ó en el destierro, yo te amaré siempre y nada entibiará nuestro amor. Ya que has querido ampararme y me ofreces tu brazo, lo acepto, y quiero perderme ó salvarme apoyándome en el de mi marido.

—¡Benditos sean tus labios que tales palabras han pronunciado! ¡Tuyo soy, bien mio! Nada tienes que agradecerme, pues esponiéndome, no hago mas que corresponder á la constancia con que me has amado.

—Gracias, Luis.

—Te pertenece mi corazón. No he de abandonarte, y te dejo en lugar seguro, ó nos prenden á los dos. Yo no puedo apoyar tus planes, porque á ellos soy contrario, y no fuera leal si otra cosa te dijera y de distinto modo obrase; pero aunque en diferente campo nos hallemos, sea uno nuestro corazón, y séalo siempre. ¿Te place?

—Sí, Luis.

—Amor te juro.

—Yo también.

—Que Dios nos oiga y bendiga.

—Amen, dijo Lamparilla. Puesto que sus mercedes han terminado, ahora nos toca á nosotros, y me parece que bien han de permitir que cambiemos cuatro palabras, de las muchas que tenemos que decirnos. Sus mercedes pueden oírlas.

Palomita: es muy fácil que nos prendan y que nos destierren ó ahorquen, que sería peor; pero aunque así fuere, nunca faltará en la villa del Oso y

del Madroño un barbero Lamparilla capaz de murmurar del gobierno.

A mí no me importa gran cosa que Grimaldi baje ó Floridablanca suba; que tal ó cual sea ministro, y que con él tiempo sea ente raro el que no lo haya sido, tanto que pueda leerse en las muestras de las tiendas: «Rataplán, sastre y ex-ministro de Fomento,» «Guitarra, zapatero, y ex-embajador.»

Lo que me interesa, Palomita de mis entrañas, es que tú me quieras, que tú me ames. Quiéreme, ámame, y ¡á vivir!

Ahora, habla tú.

—¿Yo? Pues préstame atención, y ¡ahí vá!

Eres el barbero mas indino de cuantos ha tenido la córte y villa de Madrid; y aun que no eres guapo como aquel que dicen se murió mirándose en una fuente ó barreño, enamorado de su hermoso rostro, eres tan zalamero y derramas tanta sal cuando hablas, que sin poderlo evitar, te amo.

—Siendo así, no olvides que quiero hacerte barbera del barrio de Lavapiés.

Correrán peligro los parroquianos, porque muchas veces, pensando en tí, les desgarraré su pelleja; pero, en cambio, ocupado en amarte, no hablaré mal de los ministros.

Con que, Paloma, en cuanto esto acabe, te vienes á mi palomar pasando antes por la vicaría.

—Dime tú, señor barbero: ¿cómo y de qué manera acabará eso?

—Hé aquí una pregunta que desearia contestar, siquiera para evitarme el estremecimiento, que me hace bailar, cuando recuerdo cuan incómoda es la posicion que obligan á tener en la horca. Y todo ¿por qué? ¡Por haber querido salvar al pais! ¡Oh, patria, cuán ingrata eres con tus hijos!

Pero basta de matemáticas, como dijo el otro, pues tenemos mucho que hacer y me parece que es la hora.

—Pocos instantes faltan, contestó D. Luis.

—¿Estás dispuesta? preguntó el barberillo á Paloma.

—Yo, sí.

—¿Estás resuelta? dijo el de Haro á Estrella.

—Sí, respondió con resolucion la marquesita.

—Audácia, mucha sangre fria, valor y miedo, exclamó Lamparilla.

CAPÍTULO XXIX.

LAS CALESERAS.

El barbero despues de haber mirado á la marquesita y á D. Luis, añadió:

—Para que la fuga sea mas fácil y no llamemos la atencion, hay que cambiar de pareja. Ven aqui Paloma. Déle usía el brazo, D. Luis, y el tripero Luisillo irá con Paloma la costurera. Acepte usía el mio, se-

ñora marquesa del Vierzo, y ten en cuenta que desde este instante eres Pilar la castañera, que vas con el barberillo, si bien conviene no pronunciar mi nombre, pues mi tienda ha sido invadida y me buscan.

—Parecemos cuatro majos, exclamó D. Luis.

—Ahora á santiguarse y en marcha, dijo Lamparilla.

Todos hicieron la señal de la cruz.

El barberillo añadió luego:

—Luisillo, mírame é imítame. El sombrero gacho hasta la ceja, de modo que sea difícil verte la cara, y el embozo hasta la nariz. Teniendo la mano en el embozo, no habrá corchete que pueda averiguar si pasa por la calle D. Luis de Haro ó el tripero Luisillo.

—¿Está bien así? preguntó el caballero imitando á Lamparilla.

—Perfectamente. Parece que siempre has vivido en los barrios de Lavapiés. Tu apostura es la de los majos de Madrid.

—¿No quieres darme una lección antes de salir? dijo la marquesita á Paloma.

—Con mucho gusto, Pilar, contestó la costurera sonriendo. Has de ponerte la mantilla en cruz, como yo. ¡Muy bien! añadió Paloma al ver que la marquesita había cruzado la mantilla sobre su hombro izquierdo con mucha gracia. Ahora la mano en la cadera.

—¿Sé imitarte?

—Me aventajas, castañera, y dejas atrás el modelo.

—Dé la costurera el brazo al tripero, y á mí Pilarica, dijo Lamparilla, y recorramos la bohardilla repitiendo las caleseras, pues cuando estemos en la tartana habrá que cantar para no llamar la atencion; pues es sabido que cuando los majos van de merienda, se les oye desde una legua.

—¿Cantamos las caleseras de Lavapiés?

—Las he oido varias veces, contestó D. Luis, y las recuerdo.

—Cantando todos, añadió Paloma, la castañera seguirá. Dé principio el ensayo, pero sea en voz baja para no llamar la atencion.

Los cuatro recorrieron la bohardilla, del brazo, procurando imitar los movimientos de los manolos, y á la vez cantando:

Cuando vuelan las majas
 por estas calles,
 no hay corazon de bronce
 que no se ablande.
 ¡A la calesa!
 ¡No hay niña tan hermosa
 cuál mi morena!

—

Cuando llega la noche,
 la noche oscura,
 la luz de tus dos ojos
 el paso alumbra.
 ¡A la calesa!

¡No hay niña tan hermosa
cuál mi morena!

—

Mas sal en mi calesa
hay que en la mar,
que en ella va mi amada,
mi prenda vá:
¡ A la calesa!

¡No hay niña tan hermosa
cuál mi morena!

—

¡ Arre, corre, vuela, vuela,
que llevas á mi morena!
De Lavapiés,
la perla es.

—Basta de ensayo, dijo Lamparilla. Estoy satisfecho. En marcha.

Dirigiéronse los cuatro á la puerta que abrió Paloma.

Pero la jóven, en vez de salir, retrocedió con viveza.

—Sube gente en tropel, dijo.

D. Luis se asomó á la escalera y volvió á entrar en el acto.

Estaba pálido y agitado.

—¡ Estrella! ¡ Estrella mia! murmuró.

—¿ Son los walonas? preguntó la marquesita procurando mostrarse serena.

—Sí, contestó el de Haro con abatimiento.

—¡Caracoles! exclamó Lamparilla pegando un salto. Lo que es á mí, no me atrapan.

—¿Tiene alguna salida la bohardilla, á mas de la puerta? preguntó D. Luis.

—Esta, contestó el barbero señalando la ventana. ¿Quién me sigue? Yo salgo por ese agujero y galeo por los tejados hasta que encuentre algun desvan abierto y sin gente. Por él me escurro, y en cuanto ponga los pies en la escalera, no paro sin llegar á la calle.

—Lamparilla, dijo la marquesita, procure V. ver á la infanta y dígale lo que ocurre.

—¿Cómo he de ver yo á la infanta? exclamó el barbero.

—¡Qué se yo! viéndole, contestó Estrella.

—Discurriré, dijo Lamparilla: hasta luego.

Dichas estas palabras subió á la ventana y desapareció por el tejado.

—Siguele, murmuró la del Vierzo mirando á don Luis en actitud de súplica.

—Nó. Me quedo contigo.

—Te pierdes.

—Nos prenderán á los dos, si es que pueden. Estoy resuelto á defenderme.

—¡Oh, nó, en nombre de nuestro amor te lo pido! Tal imprudencia podria costarte la vida.

—Estrella, temo por la tuya. ¡Qué será de tí en la prision, en el destierro!

—¡Virgen de la Paloma, amparadnos! murmuró la costurera.

—Cierro la puerta, dijo el de Haro.

—Nó, contestó la marquesita. Si la hallan cerrada la derribarán y aumentarán sus sospechas. Quede abierta.

—Entren sus mercedes en mi cuarto, exclamó Paloma. Yo les recibiré, y acaso mi serenidad les desconcierte. No nos queda otro recurso.

—Ven, dijo D. Luis á Estrella.

Entraron en el aposento donde antes habia estado escondida la marquesita.

Casi al mismo tiempo penetró en la casa D. Pedro, acompañado de un capitán de walonas y varios guardias.

CAPÍTULO XXX.

DÓNDE FALTA UNO.

La costurera, que se habia sentado y tomado una labor, la dejó al entrar aquellos hombres, y les preguntó fingiendo sorpresa:

—¿Qué buscan aquí sus mercedes?

—¿Es V. la llamada Paloma? preguntó D. Pedro.

—Por este nombre soy conocida.

—Pues á V. buscamos.



—¿Porqué? ¿Qué delito he cometido yo para que venga gente armada á mi casa?

—El delito de conspiracion.

—¿Yo? exclamó la novia de Lamparilla. ¿Conspiradora yo? ¡Qué entiendo de estas cosas!

—Si V. no las entiende, otros se las han enseñado, contestó D. Pedro. Responda pronto: ¿dónde estuvo V. la noche pasada?

*—En mi casa.

—¿Aquí?

—Esta es mi morada y aqui estuve.

—¿Salió V. de la tienda de un barbero llamado Lamparilla, acompañando á la señora marquesa del Vierzo y á los conjurados que estaban en su palacio, los cuales escaparon por la cueva que comunica con la barbería?

—Yo, señor, pertenezco á humilde clase y no me trato con gente principal.

—¿Persiste V. en negar?

—Nada sé.

—Se la obligará á V. á hablar.

—¿Qué quiere V. que diga?

—¿Dónde están los conspiradores?

—¿Cuáles? preguntó Paloma.

—Es V. ladina, exclamó D. Pedro, pero no ha de valerle su astucia. Me parece haberla visto en el Pardo.

—Es muy fácil.

—El dia de San Eugenio.

—Allí estuve.

—¿Con qué objeto?

—¡Vaya una pregunta! ¿Acaso ignora su mercé que es costumbre tradicional la de ir al real sitio en tal día?

—Pero no entra en la costumbre el conspirar en una venta.

—¿Qué venta?

—La pregunta es escusada y necio fuera si la contestase. Me convenzo de que ahora sería inútil prolongar la conversacion, que reanudaremos en la cárcel de la Villa. Dése V. á prision.

—No he de oponer resistencia, contestó Paloma procurando sonreír, aunque en vano. Vamos.

—Poco á poco, dijo D. Pedro; antes es preciso registrar la casa.

Las facciones de la costurera, ya pálidas, tomaron un tinte cadavérico.

Si registraban su morada, la marquesita estaba perdida.

—¿Qué buscan sus mercedes en mi pobre bohardilla? exclamó Paloma. Todo cuanto hay en ella está á la vista.

—Algo mas hemos de encontrar.

—¿Aquí? Vaya, caballero, no bromée usía; compadézcase de la triste situacion en que me hallo, y lléveme cuanto antes á la cárcel, ya que tal es su voluntad.

—Será así, pero no sola.

—Supongo que me acompañarán sus mercedes, porque lo que es sin compañía, no iría á la prision.

—Con V. irán una dama y dos hombres.

Paloma sintió que un frio glacial helaba su sangre.

—La dama, prosiguió D. Pedro, es la marquesita del Vierzo; y los hombres, uno es D. Luis de Haro y y el otro el barbero Lamparilla, tuno redomado, á quien deseo meter mano para dejarle memoria de mí.

—¡Aqui no hay nadie! exclamó la costurera.

—Lo veremos. Dos veces se han burlado de nosotros los conspiradores, pero lo que es ésta no escapan. Les hemos visto entrar, y, por lo tanto, estamos bien enterados. Señor capitan, penetre V. con media docena de guardias en este cuarto, prosiguió señalando la puerta del aposento en que estaban escondidos la marquesita y D. Luis.

El mandato fué obedecido.

Paloma se interpuso entre la puerta y los walonas.

—¡En nombre del cielo! sollozó.

—¡Fuera! gritó D. Pedro. Abran Vds. la puerta, y si está cerrada, derribenla sin contemplaciones.

—No será necesario, D. Pedro, dijo el de Haro presentándose y dando la mano á Estrella. Veo, prosiguió con acento de amargo reproche, que el gobierno tiene en V. un escelente servidor.

—Cumpla lo que me manda, murmuró D. Pedro algo amostazado. Falta uno, añadió.

—Lleva V. la cuenta con mucha exactitud, contestó D. Luis sonriendo desdeñosamente.

—El que falta es el barbero Lamparilla.

—¿Está V. seguro de que se halla aquí?

—Le han visto entrar.

—¿Y no le han visto salir?

—Puedo asegurarlo.

—Pues no han vigilado bien. Escudriñe V. todos los rincones de la casa, á ver si dá con él.

—Pronto, exclamó D. Pedro; registrad todos los aposentos, revolviéndolo todo, pues es preciso dar con ese maldito barbero que á walonas, carceleros y serenos se les escurre siempre como una anguila. No se me ha de escapar á mí.

—Difícil ha de serle quedar airoso, D. Pedro. Lo que es Lamparilla no irá á la cárcel con nosotros. ¿Supongo que tambien á mí me llevará V. preso?

—A V., nó, D. Luis.

—¿Por qué?

—Usted no conspira.

—¿Hay órden de no prenderme?

—Sí.

—Pues es necesario que se haga estensiva á la marquesita del Vierzo.

—Es imposible. Irá á la cárcel.

—Es dama de la infanta.

—No lo ignoro, y suplico á la señora marquesa que no haga mas penoso el cumplimiento de mi deber, dijo D. Pedro.

—Estoy dispuesta á seguirle, contestó Estrella. D. Luis, prosiguió: sálvate, déjame.

—¡Oh, nunca! Me prenden contigo y en tu compañía me llevan á la cárcel. Yo no te abandono.

—¡En nombre del cielo! murmuró la del Vierzo.

—Sé como debe cumplir un caballero, exclamó D. Luis con resolución. D. Pedro, vamos cuando usted guste.

—¿Usted se empeña....?

—Estoy resuelto, contestó el de Haro.

—Ya que no hay otro medio, se vendrá V. con nosotros.

—Señor, dijo el capitán, se ha registrado la casa y á nadie más hemos visto.

—¿No está el barberillo?

—Nó.

—¡Ah, maldito!

—Ha escapado.

—¿Por dónde?

—Lo ignoro.

—La bohardilla no tiene más salida que la puerta de la escalera.

—No hay otra.

—¡Los que estaban apostados en la calle le han visto entrar!

—Pues no le quede á usted ninguna duda, contestó el capitán, de que ha volado el pájaro.

—¡Pájaro de cuenta! ¿Ha volado? exclamó D. Pedro, á quien pareció asaltarle una idea. Habrá escapado por esta ventana. ¿A dónde dá?

—Al tejado.

—Asomaos á ella. No se me escurrirá como tiene por costumbre.

El capitan examinó el tejado.

—No hay nadie, dijo.

—¡Ah, pillo barbero! gritó D. Pedro. En cuanto caigas en mis manos, ajustaremos cuentas.

CAPÍTULO XXXI.

LA ESCURSION DEL BARBERILLO.

Afortunadamente para Lamparilla, estaba fuera del alcance de D. Pedro, que tan buenas ausencias le guardaba, y por lo tanto, podia aplazar el ajuste de cuentas.

Le hemos dejado al saltar por la ventana. Una vez se halló en el tejado, demostró que conocia perfectamente el terreno, y arrastrándose se alejó de la bohardilla de Paloma.

El ruido de los walonas al subir la escalera, le espoleaba. El barberillo deseaba hallarse lejos, muy lejos de aquel sitio.

Pero en una excursion semejante no se pueden recorrer largas distancias sin peligro de encontrarse en la calle cuando uno menos lo piensa, despues de haber dado volteretas por el aire. Al maestro le ha-

cia falta hallar un desvan cuya ventana estuviese abierta, para colarse por ella en busca de una escalera.

Las tres casas contiguas á la que habitaba Paloma, tenían los tejados al mismo nivel, lo cual era una gran ventaja para el barberillo.

Llegado hasta la primera bohardilla, se aproximó á su abertura.

Pero estaba herméticamente cerrada.

Lamparilla vaciló, mas al fin se decide á golpear los vidrios.

Nadie contesta.

Volvió á llamar y esperó.

En aquel momento oye mas cerca el ruido que procedia de los walonas, prueba de que habian penetrado en la morada de Paloma, y el barbero resolvió alejarse de la bohardilla delante de la cual se había detenido, para poner mas tejas entre él y los guardias.

Hay que convenir en que les tenia un miedo atroz, que, por otra parte, era muy justificado.

Pasó á la casa contigua, é instintivamente vuelve la cabeza mirando á la ventana del cuchitril de la costurera.

Siguió arrastrándose y reflexionando al mismo tiempo.

Las ideas que le asaltaban no eran nada risueñas.

Parecíale ver á un walona apuntarle un arcabuz, cojerle del brazo, y decirle con voz de trueno:

—Dese preso, señor barbero.

Luego veía la horca, le obligaban á subir á ella, le pasaban un nudo corredizo al cuello.....

—Todo eso, se dijo Lamparilla, puede convertirse en realidad. Para evitar que así sea, procuraré escurrir el bulto.

¿Qué será de mí?

La marquesita me ha encargado que viera á la infanta y le noticiase lo que ocurre.

Pero, para hablar á S. A., debo ir á palacio, y precisamente en la real morada hay walonas, de quienes huyo.

¡No es floja la mision que se le ha confiado á un hombre que no sabe como escapar!

Quieren que vaya á meterme en la boca del lobo.

¡Ay barberillo! ¡De muchas te has librado, pero lo que es ésta, no sé si la contarás!

Discurriendo á pesar suyo, pues hubiera preferido hallarse libre de tan tristes presentimientos, se detuvo delante de una de las bohardillas del tejado en que se hallaba.

Miró.

¡Oh fortuna! Los postigos de la ventana estaban entornados.

El barbero se dispuso á abrirlos y estendió la mano.

Se detuvo diciéndose que antes era conveniente enterarse de si habia alguien dentro.

Procuró examinar el interior sin ser visto, y pudo lograrlo.

No dió un paso atrás, porque no caminaba con el solo auxilio de los pies, pero sí retrocedió con viveza y trató de alejarse de aquel sitio.

Dentro de la bohardilla habia un hombre, y su vista le espantó.

Motivo habia, pues era un corchete el inquilino, quien se estaba vistiendo en aquel instante.

Era imposible arrastrarse con mas presteza que Lamparilla.

Pasó á la otra casa, y al hallarse en el tejado, sus ojos se fijaron con espanto en el vecino, que era veinte pies mas bajo.

Lamparilla sintió algo parecido al vértigo, y se dijo:

—Lo que es por abí, no salto yo. No queda mas que una bohardilla, y por ella me meto salga lo que saliere, pues mucho temo que los walonas acaben por caer en la cuenta de que he debido escapar por el aire.

El barbero se acercó al cuchitril.

Por fortuna la ventana estaba abierta.

La empuja y abre.

Dentro habia una mujer de mediana edad, que estaba barriendo.

Al ruido levantó la cabeza, y al ver á Lamparilla palidece de miedo.

—¡Socorro! gritó.

—¡Por Dios, señora! exclamó el barbero.

—¡Ayuda, vecinos!

—No soy lo que parezco, continuó Lamparilla. Soy un hombre honrado.

Pero la inquilina no le hacia caso y probablemente no le oia, tan grande era su espanto. Se dirigió á la puerta, la abre, y continua dando desafortados gritos.

—¡Al ladron! ¡Al ladron, vecinos!

El barbero tomó su partido, y empujando á la mujer para abrirse paso, principia, no á bajar, sino á volar por la escalera.

La inquilina, al ver su accion, redobló sus voces.

—¡Que huye! ¡Que se escapa! ¡A él vecinos!

A medida que aumentaban los gritos, crecian los saltos del barbero.

Abrióse la puerta del cuarto tercero del segundo piso, y salió un hombre. En aquel instante, la mujer de la bohardilla, viendo que Lamparilla se escapaba, tiróle la escoba, con tan mala suerte, que fué á barrer la peluca del inquilino del segundo, quien, asustado, se metió en su casa y cerró la puerta.

El barbero logró pillar la calle, y como viese gente reunida, procuró escurrirse, si bien moderando el paso para no llamar la atencion.

Cuando creia hallarse libre, sintió que una mano se apoyaba en su hombro y una voz le decia:

—¡Con que al fin damos con su mercé, señor Lamparilla!

—¡Y yo con la horca! pensó el maestro.

CAPÍTULO XXXII.

NOTICIAS.

El barbero se quedó como clavado en el suelo.

De pronto no supo que hacerse, pero luego vino la reaccion.

Pegó un salto sin medida y echó á correr.

—¿Porqué corre V. de ese modo, maestro? le preguntaron.

Lamparilla creyó reconocer aquella voz. Miró y se halló con Lope, Perico, y otro mancebo de su barbería.

—¿Sois vosotros?

—¿Pues quienes habíamos de ser?

—¡Qué susto he llevado! Alejémonos de aquí.

—¿Y adonde va V.?

—Alli donde no haya la mas remota posibilidad de dar con un walona ó un corchete, contestó Lamparilla.

—¿Acaso les teme su mercé?

—¡Me gusta vuestra frescura! ¿Pues no sabeis que andan buscándome?

—¡Eso era antes!

—¿Cómo que antes?

—Sí, señor maestro.

—¿Y ahora nó?

—No, señor.

—Con que, ¿si me ven, no me prenderán?

—¡Qué han de prenderle!

—Pues para que no lo hicieran he debido esponerme mucho.

—Pero, maestro. Lamparilla, ¿de dónde sale su mercé que ignora lo que ocurre?

—¿De dónde salgo? De los tejados, que he recorrido poco menos que convertido en gato.

—¡Cómo es posible!

—Bien se conoce que vosotros no habeis debido escapar de los walonas, puesto que dudais. Pero, hablad: ¿qué es lo que pasa, qué se dice, qué se cuenta, qué novedades tenemos?

—¿No vé su mercé mas gente en las calles que la de costumbre?

—Teneis razon. No me habia fijado.

—¿No vé como hablan con animacion?

—¿De qué?

—Del suceso del dia, que se ha sabido hace media hora.

—¿Pero de qué suceso? no me friais por mas tiempo la sangre.

—El nombramiento del señor conde de Florida-blanca.

—¡Cómo! ¿qué has dicho, Lope? exclamó el barberillo.

—Que el conde es ministro.

—¿Estás seguro?

—Muy cierto. Todo Madrid lo sabe.

—¿Y se ha hecho ya el nombramiento?

—¡Vaya!

—¿Con qué Floridablanca es ministro? dijo en tono enfático Lamparilla; pues entonces, Paloma y yo hemos salvado al país. Sin saberlo, me he convertido en un gran personaje.

Apoyó el puño en la cadera, y dió una vuelta sobre sus tacones mirando á todas partes, como diciendo: —¿Qué walona ó corchete se me atreve?

El barbero se dió una palmada en la frente.

—¡Calle! exclamó: ¡lo habia olvidado! Tengo que cumplir una gran mision. Soy embajador y he de ver á la infanta. Venid conmigo.

—¿A dónde?

—A palacio, contestó con mucha gravedad Lamparilla.

A la régia morada se dirigieron. El barberillo se abria paso con mucha resolucion, y miraba á la gente como estrañado que no se apresuraran á cederle la calle, ¡á él, al barbero Lamparilla!

La concurrencia era mucha delante de palacio, de donde en aquel momento salia un personaje de aspecto respetable.

A su presencia, todos se descubrieron para saludarle.

—¿Quién es? preguntó el maestro.

—¿Pues quién ha de ser? le contestó una castañera. Alcarreño será su mercé que no sabe que este caballero es el señor conde de Floridablanca.

—¡El conde! dijo Lamparilla.

Luego principió á gritar, al mismo tiempo que se abría camino con el auxilio de los codos:

—¡Paso! ¡Paso!

Como sus palabras parecían una órden y avanzaba con resolucion, todos se lo franquearon para que pudiera pasar, y el barberillo se halló delante del ministro que en aquel momento acababa de subir al coche.

—Señor conde, dijo el maestro, ha de saber su mercé, digo, vucencia ha de saber.....

Floridablanca miró al que le hablaba, y ya tenemos al barbero desconcertado.

Recordó que llevaba puesto el sombrero, llevóse á él la mano, se lo quitó y principió á darle vueltas.

—¿Qué se le ofrece á V.? le preguntó el conde.

—Señor, balbuceó el maestro, he de decir á usía, para que su mercé lo sepa, pues vucencia acaso lo ignore, que yo soy el barbero Lamparilla, que mi tienda está en el barrio de Lavapiés, y que me han comisionado para que viera á la infanta, porque ellos están presos.

—Amigo mio, le dijo Floridablanca, no le entiendo á V. Veamos: ¿quiénes son los que están presos?

—Paloma.

—¿Quién es Paloma?

—Mi novia, señor conde.

—¿Qué tiene que ver la infanta...?

—Es que la señora marquesa del Vierzo estaba escondida en la bohardilla de Paloma, y allí han ido á buscarla los walonas.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Quién ha dado la órden? preguntó Floridablanca.

—Señor conde, le dijo un oficial que estaba cerca del estribo del coche, se daría antes de que V. E. fuese nombrado ministro, y los que la han cumplido deben ignorar el nombramiento de V. E.

—¿Sabe V. donde se halla la señora marquesa?

—¡Vaya si lo sé! Me parece que apretando el paso, aun les encontraremos á todos en la bohardilla.

Floridablanca se inclinó hácia el oficial y le dijo:

—Acompañe V. á este hombre, póngame á los pies de la marquesa, y mande que quede en libertad.

—¿Y Paloma, señor conde? preguntó el maestro.

—Tambien Paloma, contestó el ministro sonriendo.

El barberillo le saludó haciendo describir un círculo completo á su sombrero gacho. Floridablanca le devolvió el saludo con la mano.

Lamparilla y el oficial se alejaron en direccion á la calle de Toledo.

El barberillo estaba loco de contento y murmuraba:

—¡Paloma y yo hemos salvado al país! Haré que me nombren barbero de S. M. en recompensa de mis buenos servicios.

CAPÍTULO XXXIII.

LA APARICION DE LAMPARILLA.

Al llegar frente á la casa en cuya bohardilla vivia Paloma, Lamparilla y el oficial se detuvieron. Como habia muchas personas reunidas, el barbero tuvo en el acto á quien preguntar.

—¿Se les han llevado presos? dijo.

—Nó, contestaron. Enviaron por un coche y á eso se debe que no hayan salido.

Al oir estas palabras, el maestro principi6 á subir los escalones de cuatro en cuatro, sin que lograrse alcanzarle el oficial.

Lamparilla cay6 en la bohardilla como una bomba.

A un lado estaban Estrella y Paloma, sentadas, la cabeza caida sobre el pecho, como dominadas por lo difi- cil de la situacion.

D. Luis tenia una mano apoyada en la silla de la marquesita y permanecia con los ojos cerrados, entregado por completo á sus tristes pensamientos.

D. Pedro se mantenía apartado, y el capitan y los guardias estaban situados delante de la puerta.

La aparicion del barberillo produjo un efecto extraordinario.

Levantáronse la marquesa y Paloma, el de Haro abrió los ojos y D. Pedro estendió el brazo con el propósito de detener al barbero.

—¡Lo que es esta vez, no te escapas!

—¡Lamparilla! exclamó la costurera.

—El mismo en cuerpo y alma, contestó el maestro.

—¡Ah, pillastre! añadió D. Pedro: ajustaremos cuentas. Capitan, ate V. codo con codo á ese bergante.

—Poco á poco, dijo el barberillo, que para otra cosa he venido aquí. ¿Cree su mercé que yo les hubiera tendido las manos, si no tuviese la seguridad de que no habia de trabar conocimiento con el cordel? Pues está usía en un colosal error si tal ha supuesto. Amigo mio, hemos ganado la partida, y le anuncio que quedan en libertad Paloma y la señora marquesa del Vierzo; y lo que es yo, no la recobro, porque no la perdí.

—Ahora lo veremos, replicó D. Pedro.

—¡Pues no lo hemos de ver! ¿Se atreverá su mercé á prendernos, estando en el poder el conde de Floridablanca?

—¿Es posible? exclamaron todos.

—¡Vaya si lo es! Madrid está revuelto, todos van á palacio y el conde es ministro.

—Eso es un grosero ardid, gritó D. Pedro, que no ha de valerte. Capitan, átele V.

—¿A mí? Aquí está quien dirá á usía lo que ha de hacer. Confiese su mercé que la única vez que ha da-

do con los conspiradores, ha sido llegando tarde.

El oficial enviado por Floridablanca entró en la bohardilla.

—D. Pedro, le dijo, de orden del señor conde de Floridablanca, ministro de S. M., retírese usía dejando á todos en la mas completa libertad.

—¡Ministro el conde!

—Hace una hora, contestó el oficial.

D. Pedro mordióse los labios, saludó sin pronunciar una palabra, y se marchó seguido de los walonas.

—¿Tienen sus mercedes algo que mandarme? preguntó el oficial.

—Solo suplicarle, contestó Estrella, que acepte la espresion de nuestra gratitud.

El militar se inclinó y siguió á D. Pedro.

D. Luis estaba mudo y preocupado.

—Estrella, exclamó por último: mi tio ha desaparecido del poder. ¡Adios, mi bien!

—¿A dónde vas?

—Dó me llama mi deber. Acaso véame obligado á salir de Madrid.

—Recuerda que me juraste aceptar mi proteccion, Luis. No olvides que hoy soy vencedora.

—Sé que debo compartir la desgracia del vencido, contestó el de Haro.

—Noble resolucion, dijo Estrella. ¿Tú me amas?

—Con toda mi alma; y en este instante, que acaso lo sea de separacion eterna, crece mi amor hasta enloquecerme, Estrella mia.

—Si tú vas al extranjero, allí iré yo á recordarte tus juramentos. Soy tu esposa y nada me importa el triunfo. ¿Qué me retiene en la córte, siendo España feliz?

—¡Gracias! ¡Gracias, Estrella! exclamó D. Luis estrechando con efusion ambas manos de su amada.

—¿Dichosa, España? ¿Feliz....? dijo el barbero. ¡Pues ahí es nada lo que cree usía! Si la felicidad del país consistiese en un cambio de ministro, tiempo hace que seríamos la nacion mas pujante de la tierra; pero por lo que voy viendo, el defecto está mas en los gobernados que en los que gobiernan, y si estos son malos, es porque aquellos son peores. Mas ya que hemos salido bien de esta y no tengo la horca en perspectiva, no nos ocupemos de política, sino de nuestros amores. Usía casa con D. Luis y yo con Palomita, si es que se decide por último á ser esposa de ese barbero que por ella muere.

—El mas malo de los que hay en Lavapiés, contestó la costurera.

CONCLUSION.

Quince dias despues de los acontecimientos que hemos relatado, reinaba la mayor alegria en los barrios de Lavapiés y en particular en la plazuela.

La gente habia vestido sus trajes domingueros y se agolpaba delante del palacio de la marquesita del Vierzo, en cuya puerta veíanse numerosos coches,

de los cuales bajaban damas primorosamente ataviadas y caballeros vestidos de gran etiqueta, con la peluca empolvada, lucientes casacones y espadín al cinto.

Los curiosos no se cansaban de mirar. Pero cuando llegó un lujoso coche del cual descendió una pareja cuyo traje era el de la gente del barrio, se quitaron los sombreros y gritaron á voz en cuello:

—¡Vivan los novios!

El coche venia de la calle de Toledo.

Lamparilla y Paloma bajaron de él, saludaron cariñosamente, y entraron en el palacio de la marquesita.

Llenaban los salones las personas mas principales de Madrid, invitadas á las bodas de Estrella y don Luis, y de Paloma y el barbero.

La marquesa habia logrado que el de Haro se quedase en la córte, y se empeñó en que el casamiento del barbero con la costurera, se verificase al mismo tiempo que el suyo.

Recibida la bendicion nupcial, les obligó á sentarse á su mesa, y al despedirlos, dió á Paloma el regalo de boda, que á mas de las joyas, consistia en una respetable cantidad en buenos doblones.

La costurera y el barberillo salieron del palacio de Estrella y se dirigieron á la barbería, en cuya puerta brillaban ya las armas reales.

—Palomita mia, le dijo Lamparilla; tanto nos ha dado tu protectora, que podríamos cerrar la tienda.

—No harás tal, le contestó su esposa, pues te entregarias á la holganza, y lo que importa es acrecer el capital, no comérselo. De hoy en adelante tu ocupacion ha de ser la de antes, afeitar.

—¿A España?

—Nó, á los parroquianos.

—Yo aspiro.....

—A la barbería.

Lamparilla debió seguir los consejos de su esposa, pues no volvió á meterse en belenes.

Lo único que se permitia el maestro, era referir á su manera á algun parroquiano de confianza, los hechos que hemos relatado; y terminaba su narracion diciendo:

—¡Ya vé su mercé de que modo Paloma y yo salvamos al pais!

El parroquiano contestaba:

—Es forzoso convenir en que es un gran personaje el BARBERILLO de LAVAPIÉS.



1027139

